# 19

## ¿Quiénes son todas esas gentes?

Una vez libre de sus deberes nazis, Gustav von Bohlen se marchó a Austria. En la primavera de 1944 él y Bertha se retiraron a la nevada paz de Blühnbach. Antes de abandonar el Ruhr, Gustav cenó con Bertha, y con su sucesor, por última vez en el castillo de Essen. El anciano era asistido por su habitual cohorte de sirvientes. Para entonces las comidas con Gustav resultaban una verdadera prueba, pues era imposible predecir cuándo podía ocurrir algo. Entre otras cosas, solía padecer alucinaciones, y en su última noche en el castillo, de acuerdo con lo relatado por uno de los criados, sobresaltó a Bertha y a Alfried con una inquietante escena. Aferrando la servilleta, se puso trabajosamente en pie y señalando con un índice rígido hacia el oscuro extremo del largo comedor, murmuró:

*Wer sind denn eigentlich all diese Leute?*» («¿Quiénes son todas esas gentes?») (1). Bertha le aseguró que no había nadie allí, y entonces Gustav volvió a hundirse en su asiento. Sin embargo, tal vez tuviera él más capacidad de percepción de lo que ella había creído. En realidad, las alcobas situadas detrás de los murales del tío Félix se hallaban deshabitadas, pero mientras los directivos de Krupp estaban enviando sus familias a la relativa seguridad del campo, en cambio llegaban decenas de miles de forasteros, por lo que la población de la ciudad se había alterado dramáticamente. Es muy posible que en una de sus breves salidas al exterior, Gustav hubiera sido capaz de apreciar el cambio (2).

Aquellos que estaban en plena posesión de sus facultades, no podían dejar de advertir la transformación que se estaba produciendo en Essen. Los nuevos inmigrantes no hablaban, ni vestían ni tenían el aspecto de los Kruppianer, o al menos de los *Stammarbeiter*, el conjunto de diestros y veteranos obreros de las demás firmas del Ruhr. Los forasteros llegaban conducidos por guardias armados que usaban la camisa negra del Totenkopfverbäude de las SS, o bien el elegante uniforme azul de la policía de la empresa Krupp, que iban provistos de brazaletes con una esvástica, y en las gorras la inscripción KRUPP. Los *Ausländer* marchaban desde sus campamentos cercados con alambre de espino, atravesando la ciudad hasta los talleres donde trabajaban, y su adelgazado aspecto y patética expresión recordaban los planes más malignos para el castigo de los miembros del SPD, ideados por el Gran Alfred.

«¿Quiénes son todas esas gentes?» La respuesta podía darse con una sola palabra. Eran esclavos. En las notas de posguerra y en algunos documentos de aquella época, Krupp recurría a diversos eufemismos a fin de evitar esa palabra. Los hombres que una vez habían empuñado las armas bajo otras banderas eran *Kriegsgefangene* (prisioneros de guerra), por más que ahora estuvieran encadenados a sus maquinarias. Los obreros de otros países eran sencillamente *Fremdarbeiter,* trabajadores extranjeros, un suave e impersonal vocablo que no sugería en modo alguno la coerción. Esto se refleja incluso en los documentos de los campos de concentración. El párrafo 14 del acuerdo Krupp-Auschwitz, por ejemplo, manifestaba que las SS se habían comprometido *«aus den Insassen des KZ die benötigten Arbeitskräfte zu stellen»* (para proporcionar el necesario trabajo entre los internos de los campamentos de concentración) (3).

*«Hier wohnt Stille des Herzenz»,* se les decía a los trabajadores recién llegados, describiendo a Essen. Durante los primeros meses del conflicto, no hubo muestras de sadismo por parte de los agentes de Krupp. La política paternal de la firma seguía aún inviolable. Un testigo describió a Fritz von Bülow, durante aquel período, como «un hombre muy cortés, encantador; una persona moderada y conciliadora» (4). Los *Fremdarbeiter* eran aún una curiosidad. No había razón alguna para abusar de ellos, y los primeros contingentes fueron tratados con hospitalaria consideración. La guerra había hecho necesario aquel cambio de residencia, se les dijo, pero Krupp procuraría que estuvieran lo mejor atendidos posible.

Uno de ellos era un checo de cuarenta y ocho años, ingeniero civil que había sido piloto de caza durante la Primera Guerra Mundial, y que posteriormente compareció como testigo ante el tribunal de Nuremberg. El 3 de junio de 1939, once semanas después de haber tomado Praga los nazis, Constantin Sossin-Arbatoff se hallaba entre los 150 hombres a quienes ordenaron presentarse en la estación central del ferrocarril a las cuatro de la tarde, al día siguiente. Todos esperaban lo peor. Sin embargo, dos funcionarios de Krupp les acogieron amablemente, les condujeron a cinco coches cama recién estrenados, y «entregaron a cada uno de nosotros un gran paquete con bocadillos de pan blanco, salchichas y bastantes más alimentos». Al día siguiente, a las nueve de la mañana, el tren llegó al Ruhr, donde «varios representantes de Krupp, de Essen, nos dieron la bienvenida y nos ayudaron a transportar nuestras maletas». El equipaje se trasladó separadamente, mientras se invitaba a los recién llegados a instalarse en autobuses (5).

Según el relato de Sossin-Arbatoff, «aquellos autobuses eran muy nuevos y cómodos, y nos sorprendimos ante aquel trato». Después de una gira de dos horas por la ciudad, les dejaron en el Koppenhöhe, uno de los clubs de Krupp, donde unos camareros les sirvieron un ágape de tres platos y cerveza en cantidad, y les proporcionaron cigarrillos y postales para escribir a sus casas. Al terminar la tarde, los llevaron a un gran edificio de Bottreperstrasse. Allí había cuartos de baño, ropa interior limpia, e incluso criadas alemanas. Dos días más tarde los checos fueron a trabajar al Apparatenbau I (taller de construcción de herramientas, I). Sossin-Arbatoff fue nombrado cerrajero y recibió una paga de 94 pfennigs por hora. No era lo mismo que en Praga, pero tampoco era la esclavitud (6).

Los trabajadores extranjeros continuaron siendo una rareza durante dos años y medio, y en fecha tan tardía como enero de 1942, la Gusstahlfabrik tenía relativamente pocos rusos y polacos entre sus obreros foráneos. En aquel verano, sin embargo, cerca de 7.000 eslavos llegaron a

Essen, y Krupp pidió 9.000 más. La carrera era alocada. Durante una década el Führer había predicado que los pueblos que vivían al Este eran subhumanos. Ahora unos carteles colocados en el exterior de los talleres Krupp proclamaban «SLAVEN SIND SKLAVEN» (los eslavos son esclavos).

La desagradable palabra ya quedaba al descubierto, y con ella llegó una nueva jerga. Cada vez con más asiduidad, las notas internas de la firma aludían a los *Sklavenarbeiter* (trabajadores esclavos), *Sklavengeschäft* (comercio de esclavos), *Sklaverei* (esclavitud), *Sklavenmarkt* (mercado de esclavos), y *Sklavenhalter* (el propietario de esclavos, es decir, Alfried). Una vez que los trenes de Adolf Eichmann comenzaron a rodar, el asunto comenzó a extenderse. Las líneas de montaje, según se informó a los subordinados de Alfried, serían incrementadas en su personal con *Judenmaterial* (material judío). En alemán, el verbo comer es *essen,* y alimentar a los animales de granja es *fressen.* Esta fue, pues, la palabra que se indicaba para la comida de los esclavos. A menudo, cuando éstos saltaban de sus vagones, en la estación final, las primeras palabras que escuchaban eran: «*Keine Arbeit, kein Fressen*» (Si no hay trabajo, no hay comida.)

La primera prueba de brutalidad física que se registró, se produjo allí, en la Hauptbahnhof. Las víctimas, resulta significativo, procedían del Este. Según Adam Schmidt, obrero del ferrocarril, «A mediados de 1941 llegaron los primeros trabajadores de Polonia, de Galitzia y de la porción polaca de Ucrania. Venían en atestados vagones de carga. Los capataces de Krupp hicieron descender a los trabajadores del tren, y les golpearon y dieron patadas... Yo vi con mis propios ojos cómo gentes que apenas podían andar, eran arrastradas al trabajo» *(Mit eigenen Augen konnte ich sehen, dass auch Kranke, die kaum gehen konnten, zur Arbeit herangezogen wurden)* (7).

Ya no había comida de tres platos, ni ropa interior limpia, ni criadas arias y atractivas. Al principio el cambio se atribuyó directamente a las diferencias ideológicas. Todo grupo étnico, racial y nacional, tenía su lugar en el plan trazado por los nazis, se marcaron las mantas con los tres círculos enlazados de Krupp, y los uniformes de la prisión de la firma —azul con una ancha raya amarilla— fueron llevados por muchos trabajadores. Entonces comenzó la segregación racial. Los judíos, por debajo de todos, vestían ropas de color amarillo, y a algunas chicas judías les afeitaban la cabeza dejándoles unos grotescos dibujos en el pelo. Eso no siempre era posible, porque estaba en conflicto con otro principio *Rassenhass* (de odio racial): el tocar las cabezas hebreas era considerado por los barberos de Krupp como una dura imposición, y en consecuencia fue prohibido.

Los esclavos rusos llevaban las iniciales SR, de Sowjetrussland (Rusia Soviética), en la espalda. Los polacos usaban una gran P. Otros trabajadores orientales tenían en la chaqueta un rectángulo azul donde se leía OST, y los prisioneros de los demás países recibían brazaletes blancos, azules, rojos, o de color verde y blanco (*). Los nombres estaban prohibidos. A los individuos se les conocía únicamente por su número, el cual se cosía en blanco sobre su atuendo. La deshumanización era así completa. Allí la centenaria idea de la dinastía Krupp de que cada trabajador era un miembro de la familia, chocaba implacablemente con el dogma

(*) Había variaciones en este aspecto. Los prisioneros directamente bajo el mando de las SS, por ejemplo, usaron en la manga una O (Ostarbeiter: trabajador del este), hasta el verano de 1944, en que Himmler, por alguna extraña razón, decretó que la letra sería remplazada por un dibujo semejante a un girasol.

nacionalsocialista. Ganó el dogma, en parte porque también éste se hallaba arraigado en el legado del Gran Alfred. Según palabras de un observador, había en Essen:

«*Etwas, was sich mit den Nazi Ideen zusammenschloss und das Dritte Reich mit dessen Lebenskraft erzeugte... Die Tradition des Krupp-Konzerns und die "sozialpolititsche Anschauung", die er vertrat, passten genau zum moralischen Klima des Dritten Reiches.*»

«Algo que se fundía con las ideas nazis para producir el Tercer Reich y su vitalidad... La tradición de la firma Krupp, y su "actitud políticosocial", se adaptaban exactamente al clima moral del Tercer Reich.»

La división de los reclutas obreros en subgrupos étnicos complacía a los ideólogos del partido, pero resultaba demasiado tortuosa para los extraños, que no alcanzaban a comprender semejantes sutilezas. Hacia el final, algunos de los guardias de las SS y de Krupp, en los 138 campamentos de *die Firma,* no sabían si estaban guardando a judíos, ucranianos, o polacos reclutados forzosamente, o si se trataba de franceses, belgas u holandeses, que habían llegado al Ruhr como trabajadores *Freiwillige* (voluntarios), y ahora se veían atrapados detrás de las alambradas de espino, como una extensión obligatoria de su contrato. A los artesanos de Essen todos los brazaletes les parecían iguales, y lo mismo que los capataces encargados de su supervisión, pronto perdieron todo interés en su significado. Lo importante era que aquellos hombres trabajasen.

Hacia 1943, los solícitos funcionarios que acogieran tan espléndidamente a Constantin Sossin-Arbatoff cuatro años antes habían abandonado toda idea de dispensar tratamientos diferentes. El enorme número de prisioneros les abrumaba. Interminables convoyes de vagones oxidados entraban conducidos por humeantes locomotoras en la Hauptbahnhof, con lo que el Oberlagerführung se veía ahogado bajo una tremenda marea humana. Casi todos eran extranjeros, hablaban pésimamente el alemán, y emitían un hedor insoportable. En cautividad su tez adquirió un tono característico, gris sucio, y sus rostros tenían una expresión de indecible angustia. Permanecían de pie sordamente, con la cabeza gacha, como bestias de labor, esperando que les llevaran de las riendas. Y había que hacer que trabajaran. La orden llegó del Hautpverwaltungsgebäude: *Fahrt mal dazwischen!* (¡Que se muevan!). Primero se usaron los puños, luego las botas, y más tarde cachiporras y fustas de Kruppstahl. Los guardias sufrían una continua falta de porras, según se comprueba en el siguiente y singular intercambio de correspondencia:

*Martinwerke,* B
*21 IX 1944*

Fried. Krupp, Essen
A herr Von Bülow

«Necesitamos urgentemente diez cachiporras de cuero o armas similares para apalear, destinadas a nuestros guardias de choque [*Lederknüppel, oder ähnliche Waffen, die unsere Stossmannschaften zum Verprügeln gebrauchen könnten*]. Como hemos sabido que usted aún tiene semejantes artículos en existencia, le rogamos entregue al portador las requeridas diez piezas.

»LINDER.»

Para tratar con H. Wilshaus:

«¿Aún tenemos algunas armas del tipo cachiporra? [*Waffen ähnlich wie Knüppel?*]

»VON BÜLOW.»

25 de setiembre.

A herr Von Bülow:

«Puedo suministrar las diez cachiporras de cuero, o fustas de acero [*Lederknüppel oder Stahlstäbe*].

»WILSHAUS.» (8).

En determinados momentos —eso variaba según las personas—, la mayor parte de los alemanes dejaron de considerar a los esclavos extranjeros como seres humanos. El historiador de posguerra de Krupp escribe: «Las hoscas facciones (*trostlosen Züge*) de los trabajadores extranjeros del Este y del Oeste, seguían siendo características», pero para el ciudadano corriente de Essen, los obreros importados, en lugar de tener facciones características, más bien parecían estar desprovistos de ellas, como si no tuvieran rostro. La jerga Kruppianer reflejaba perfectamente el cambio. La palabra corriente durante la guerra para indicar a esos forasteros era *Stücke*, ganado, rebaño. Cuando marchaba por Helenenstrasse en una fría mañana de otoño, mientras el guardia balanceaba su porra y marcaba el paso «*Links! Rechts!*» (izquierda, derecha), una mujer checa de gran cultura vio a un grupo de amas de casa alemanas cerca de la puerta de la fundición de acero donde ella trabajaba en la cocina. El guardia se entretuvo con los centinelas de la puerta, y la mujer checa saludó brevemente a las mujeres en alemán. «Se mostraron tan sorprendidas —recordaba ella más tarde— como si un perro les hubiese hablado. Me consideraban como un animal, como algo que salía del bosque.» (9).

El problema de la falta de brazos del Reich creció conforme aumentaba el mismo Reich. Con la extensión de los frentes de guerra el asunto se hizo realmente crítico, y los angustiosos informes del Ruhr comenzaron a acumularse en el escritorio de Albert Speer. Se necesitaban obreros, fueran quienes fuesen. No requerían ser especializados, sólo bastaba con que obedecieran. Al principio, no pareció haber más que una solución: reclutar mujeres alemanas. Ludendorff lo había hecho en 1916, y Speer pidió a Hitler que se siguiera el ejemplo. La negativa del Führer fue tajante: «El sacrificio de nuestros ideales más queridos es un precio excesivo», afirmó. Así pues, el origen del programa de esclavitud laboral del Tercer Reich se debió a una especie de «idealismo» o sentimentalismo propio de la clase media.

Cuando el reclutamiento militar dejó un hueco en las fábricas de los países aliados, las mujeres llenaron ese vacío. Pero se consideraba que la mujer alemana sólo debía estar en su hogar. El Nuevo Orden, por otra parte, estaba luchando para que siguiera allí. Más de tres millones de madres de Estados Unidos, y de chicas de esa misma nacionalidad, muchachas que no habían cumplido los veinte años, se hallaban trabajando en las industrias de guerra norteamericanas; y las fábricas de municiones inglesas contrataron a 2.250.000 muchachas. En los talleres alemanes, en cambio, sólo había 182.000 mujeres empleadas, aproximadamente el mismo número de cocineras y criadas que había en el país. Hasta las que acudieron voluntariamente se mostraban resentidas. Una nota del archivo de Krupp, fechada el 22 de abril de 1943, demuestra que las SS consideraban «con gran desconfianza» a las mujeres del Ruhr que enseñaban

figuraban *Aussiedlung* (evacuación), *Arbeitseinsatz im Osten* (trabajo en el Este), *Sonderbehandlung* (tratamiento especial), *Umsiedlung* (traslado), y la más memorable, *Endlösung* (solución final) (16).

Krupp prefería que en sus registros los trabajadores de los países occidentales figurasen como si hubieran llegado al Ruhrgebiet por su propia voluntad. Con el Este, desde luego, no había necesidad de tales utilezas. *Slawen waren Sklaven,* y cualquier Kruppianer desconforme con esto era enviado a los cuarteles locales de la Gestapo, en Kortestrasse. Krupp trató a las entregas de carne humana procedentes de la Unión Soviética como si fueran materia prima inorgánica. A veces aprobaba la calidad; otras veces le ponía reparos. Una nota de archivo escrita durante el verano de 1942, observaba agudamente: «Tengo la impresión de que los mejores obreros rusos son elegidos en esta época para trabajar en el centro y el este de Alemania. Nosotros sólo recibimos las sobras. Hasta ahora, 600 rusos, de ellos 450 mujeres y 150 jóvenes, han llegado.» (17).

En Berlín cualquier protesta del Hauptverwaltungsgebäude atraía una atención inmediata. El 8 de julio un subordinado de Speer envió a éste un largo informe. En el escrito se negaba que Alfried estuviera recibiendo esclavos de segunda clase. Durante los meses de mayo y junio los *Slawen* habían sido enviados a Essen, y «los requisitos de la firma Fried. Krupp A. G. para el remplazo de trabajadores alemanes reclutados por las fuerzas armadas, han sido cumplidos satisfactoriamente y a tiempo». Luego el funcionario añadía: «Las quejas de la firma Krupp acerca de insuficientes asignaciones de trabajadores, son infundadas... De nuevo pedí a Sauckel que enviase a Krupp de 3.000 a 4.000 trabajadores más, en convoyes completos de obreros civiles rusos, que llegan actualmente al Comando de Servicio VI.» (18).

Aquí, evidentemente, se hallaba en juego un asunto de trascendencia histórica. Los diplomáticos de las cuarenta naciones que firmaron la Convención de 1930, creyeron que estaban tratando de erradicar ejemplos aislados de explotación inhumana, localizados en remotos lugares selváticos de la tierra. Pero nunca soñaron con que, al cabo de doce años, el magnate más poderoso de Europa estuviera regateando para que le enviaran «convoyes completos» de esclavos.

También surgieron dificultades con los judíos. Estos siempre han dado quebraderos de cabeza, claro está, pero la dificultad a que aludimos no tenía precedentes. Ya en la temprana fecha del 18 de octubre d 1930, el general Franz Halder escribió en su diario que los judíos polacos podían resultar «esclavos baratos». De todos modos, había prominentes figuras de las SS que se oponían con vehemencia a esclavizar el *Judenmaterial.* A su modo de ver, se trataba de un asunto de principios: el nacionalsocialismo estaba empeñado en la tarea de eliminar todo *Jude* y *Jüdin* vivientes. Así el 31 de julio de 1941, Goering escribió a Reinhard Heydrich: «Por la presente le encargo a usted de que haga todos los preparativos necesarios para dar una completa solución *(Gesamtlösung)* al asunto judío en la esfera de influencia alemana de Europa... Solicito... la deseada solución final *(Endlösung)* para la cuestión judía.» (19).

Obedeciendo a la orden del Reichsmarschall, entraron en actividad los organismos de exterminio. Para disgusto de los industriales alemanes, en aquellos primeros meses los camisas negras aplicaron las órdenes demasiado literalmente. Para éstos *Endlösung* significaba eso, y nada más. La solución debía ser irrevocable. En cambio, nada definitivo se conseguía con el trabajo forzado. Por el contrario, se alimentaba al ganado judío,

se les alojaba y permitía trabajar, y siempre cabía la posibilidad de que alguna pareja tuviera descendencia subrepticiamente, contrariando los propósitos del Führer y creando nuevos problemas para las generaciones siguientes de alemanes.

Hasta la crisis de mano de obra de 1942, esos puristas de las SS hicieron su voluntad. Luego las SS comenzaron a pensar las cosas más detenidamente. La *Endlösung* marchaba muy bien, pero el gasto de municiones resultaba excesivo. En la primavera de 1942 Himmler ordenó a un médico alemán llamado Beckar que experimentase con camionetas en cuyo interior se gaseaba a los judíos. Estas unidades móviles se desecharon a su vez porque poseían una capacidad limitada y consumían demasiado combustible, y fueron remplazados por *Vernichtungslager* (campos de exterminio) de los que el más famoso fue al poco tiempo el de Oswiecim, un antiguo cuartel de caballería situado en los páramos del sur de Polonia, y que se conocería mejor, sobre todo al rendirse Alemania, con el nombre de Auschwitz. Mientras los realistas e idealistas continuaban su tira y afloja, la posición de Essen resultaba perfectamente clara. Un memorándum del Hauptverwaltungsgebäude, fechado el 25 de abril de 1942, ponía de manifiesto que para «fabricar 80 s. i. g. *(Schwere Infanterie Geschütze*, cañones pesados de infantería) se necesitaba una "nueva expansión". Por lo tanto, Alfried recomendaba esa fabricación por *die Firma* «en el campo de concentración del Sudetengau (los Sudetes)» (20).

Nadie sabe quién creó la ingeniosa frase «exterminio por el trabajo», pero cuatro semanas más tarde Krupp la presentó al Führer. Ignorando las cautas reglas de lenguaje, manifestó que todo miembro del partido favorecía la liquidación *(Beseitigung)* de «judíos, saboteadores extranjeros, alemanes antinazis, gitanos, criminales y elementos antisociales» *(Verbrecher und Asoziale)*, pero que no veía razón para que no contribuyeran a favorecer en algo a Alemania, antes de su desaparición. Debidamente dirigidos, todos ellos podrían colaborar con su trabajo, unos meses antes de que fueran despachados. Hitler vaciló, pero Himmler seguía mostrándose terco, si bien no por lealtad al principio del *Endlösung*, sino porque había comenzado a emplear prisioneros en sus negocios propios. El secreto era convencerle de que la colaboración con los Schlotbarone resultaría más fructífera. Se trataba de un sencillo asunto de economía, o, si se quiere, de soborno. Krupp propuso pagar a las SS cuatro marcos por día por cada prisionero, de los que se descontaría una parte para alimentación del mismo. Además, «las SS recibirían una comisión sobre la venta de armas, a fin de compensarles el no poder usar sus propios prisioneros» *(um sie für den Verzicht auf die Verwendung ihrer eigenen Gefangenen zu entschädigen)* (21).

La oposición se desvaneció de la noche a la mañana. En setiembre, Hitler autorizó la nueva política, y ordenó hacer una investigación para establecer el número de prisioneros que se hallaban capacitados para el trabajo. La respuesta fue que el 25 por ciento eran aptos, y de éstos, el 40 por ciento estaban en condiciones de trabajar en fábricas de armas. Alfried se había anticipado a la orden. El 18 de setiembre un despacho por teletipo enviado a la oficina de Sauckel en Berlín, comenzaba: «Asunto: Empleo de judíos. En lugar de hacer un informe sobre las comisiones de labor, le pedimos que anote que la firma Krupp se halla dispuesta a emplear entre 1.050 y 1.100 trabajadores judíos.» En el pedido se especificaba a continuación que podían ser torneros, mecánicos, laminadores, perforadores, y terminaba con el agregado: «Es de desear que esas gentes sean examinadas, en cuanto a su aptitud, antes de ser enviadas» (22).

Krupp tenía un objetivo inmediato: *Zünderanfertigung*, la fabricación

de espoletas. El campamento de los Sudetes era demasiado pequeño para la producción en masa, de modo que pensó directamente en Auschwitz, y como la cantidad de prisioneros capacitados era allí mayor, agregó piezas de cañones a su proyecto inicial. Seis semanas más tarde sus directores se reunieron en el salón de juntas de la administración central. El tema a tratar era uno solo: «*Einrichtung einer Fertigungsstelle für Teile von automatische Waffen in Auschwitz*» (la construcción de una fábrica para elaborar piezas de armas automáticas en Auschwitz.) Una vez que tuvieron la seguridad de que «el campo de concentración de Auschwitz suministraría la mano de obra necesaria», los directivos autorizaron la suma de dos millones de marcos para el proyecto, cuyos planes fueron «aprobados [*genehmigt*] por el Direktorium el 31 de octubre de 1942» (23).

Esto entraba en la tradición de Krupp: un asunto claro, rápido y preciso. Por desgracia, el Tercer Reich se hallaba infestado de intrigantes cuyos motivos no eran tan elevados como los partidarios de la «solución final». A pesar de las seguridades de colaboración por parte de las SS, el invierno pasó sin que hubiera novedad alguna. A fines de marzo, Alfried envió un emisario al sur de Polonia con instrucciones de que investigase los inconvenientes que hubiera. Ante el asombro del Kruppianer, un oficial del campamento expresó la opinión de que «habría que utilizar trabajadores alemanes para esa producción, si era posible». El 5 de abril, Alfried registró así su propia opinión:

> «El principal propósito de trasladarse a Auschwitz era utilizar la gente disponible allí [*der Hauptzweck der Verlagerung nach Auschwitz sei, die dort vorhandenen Leute einzusetzen*]... La razón fundamental por la que se decidió aceptar las grandes dificultades que presenta Auschwitz, es decir, la existencia de mano de obra, ya no subsiste, pues los mejores trabajadores [*die besten Arbeitskräfte*] ya no se encontrarían allí.» (24).

Pero lo mejor de la cosecha estaba en Auschwitz, y Alfried lo sabía. Después de un siglo entero de tratar con cascos de punta, y luego con cascos pardos, pocas cosas había que *die Firma* no supiera acerca de tretas y artificios. Lo importante era hallar el hombre adecuado, y utilizarlo. Su nombre, que ya había sido seleccionado tras una diligente investigación en los ficheros del partido, resultó ser el del Obersturmführer Sommer, un joven oficial de las SS, destinado en Berlín a la Comisión Especial $M_3$ del ministerio de Speer. Puesto en contacto con un agente de Krupp, algunos meses antes, Sommer accedió a redactar una lista de todos los judíos capacitados que habían sido detenidos en la capital y enviados al Este. El 16 de marzo entregó la lista a su enlace. Con ella, Krupp hizo a su vez una selección de 500 hombres, y exigió una acción inmediata. Esto lo logró al fin Rudolf Franz Höss, un condenado por asesinato, de cuarenta y tres años, que dirigía entonces Auschwitz como *Kommandant des KLZ* (comandante del campo de concentración), terminó por capitular. Más tarde, en el proceso de Nuremberg, Höss declaró que había supervisado la destrucción de tres millones de personas, y agregó: «*Der Rest wurde ausgesucht und für Sklavenarbeit in den Industrien der KZL verwendet*» (El resto fueron seleccionados y utilizados como obreros esclavos en los talleres industriales de los campos de concentración.) (25).

Esa selección se inició el 22 de abril de 1943. Una vez examinado el mapa de su campamento, Höss asignó a Krupp la zona número 6. Indudablemente se trasladaron a ella las brigadillas de Kruppianer, que trabajando en tres turnos, las veinticuatro horas del día, ya habían construido

el 28 de mayo un desvío ferroviario, un enorme cobertizo doble, y unos lavaderos anejos. Al lado se estaba alzando otro cobertizo, así como cuarteles para las SS. Tales estructuras, y las que a ellas se agregaron más tarde, se hallaron señaladas minuciosamente en el mapa del Kommandant, después de concluida la guerra. Los pagos efectuados por Krupp comenzaron en junio, de acuerdo con lo estipulado, cuando los primeros cautivos judíos fueron llevados en manadas al interior de los cobertizos, para que comenzaran a trabajar. La liquidación de uno de los meses especifica lo siguiente:

> *«Laut Forderungsnachweis 1/43. 2/43 vom 3 Juli 1943 hat die Firma Krupp für die Zeit vom Juli—3 August 1943 der SS RM 28.973,—für die Arbeit der Gefangenen überwiesen. Der Tagessatz für den Arbeiter wan RM 4,— für Hilfsarbeiter RM 3.»*

> «De acuerdo con la confirmación de órdenes 1/43 y 2/43 del 3 de julio de 1943, la firma Krupp pagó a las SS la suma de 28.973 RM, por trabajos efectuados por los prisioneros durante el período del 3 de julio al 3 de agosto de 1943. La suma diaria por cada obrero ha sido de 4 marcos, y de 3 marcos para el trabajador auxiliar.» (26).

Ni Höss ni Krupp registraron las condiciones bajo las cuales trabajaría el *Stücke*. Dos Kruppianer se encargaron de ello. Erich Lutat, un artesano especializado, de mente inquisitiva, fue uno de los veinticinco alemanes que se trasladaron desde Essen a Auschwitz en junio, y que permanecieron allí, adiestrando a los prisioneros durante cinco meses. Como la mayor parte de los internados habían aprendido a hablar algo de alemán, comenzó a hacer preguntas, y para satisfacción del tribunal de Nuremberg, cinco años más tarde, Lutat rápidamente se dio cuenta de cómo transcurría la vida en el campamento. Pudo observar las columnas de humo que salían de las chimeneas de los crematorios, y aprendió a reconocer el olor de la carne humana quemada. Advirtió que la gente a la que adiestraba carecía de comida, ropas y vivienda adecuadas. A pesar de las férreas órdenes en contrario, tanto Lutat como Paul Ortmann, otro técnico compañero del anterior, compartieron su pan, sus patatas y cigarrillos con los prisioneros. Ortmann se mostraba aterrado por la frecuencia con que los guardias azotaban a los internados, y Lutat intervino en una ocasión en que un SS, sin provocación aparente por parte de un judío, le hizo ir saltando en torno a los talleres sobre las rodillas. Lutat testimonió: «Los prisioneros eran escoltados hasta la fábrica por los SS, primero a las seis de la mañana, y después a las siete. Allí permanecían bajo la supervisión de los guardias de la fábrica... Los obreros eran polacos, holandeses, checos, franceses, y gran número de judíos... Muchos de los prisioneros se hallaban en lamentables condiciones físicas» *(Viele Gefangene waren in bemitleidenswerter physischer Verfassung.)* (27).

Ortmann y Lutat nunca llegaron a sospechar que estaban observando un ensayo temprano y relativamente moderado del espectáculo que más tarde alcanzaría su apogeo en las calles y campos del propio Rhurgebiet, pero se hallaban presentes cuando el telón de Krupp cayó en Auschwitz. Alfried no tuvo mucha suerte allí. Había esperado alcanzar la producción máxima en el campamento hacia octubre; eso sería una agradable sorpresa para el Führer y los dignatarios que se congregarían en el gran salón de Villa Hügel para verle empuñar el cetro de la autoridad familiar, que le entregaría su padre al mes siguiente. Pero sus esperanzas se

vieron defraudadas. Conforme la ofensiva rusa fue ganando impulso en Ucrania, se hizo necesario abandonar fábrica tras fábrica. Profundamente desilusionados, Alfried y sus especialistas trasladaron el equipo a dos campamentos de Silesia, Wüstegiersdorf, y los grandes cobertizos que se alzaban en Markstädt (28).

Auschwitz resulta un nombre conocido, pero era uno solo entre muchos campamentos. Hasta el hundimiento de 1945, Krupp empleó trabajadores forzados en casi un centenar de fábricas extendidas por toda Alemania, Polonia, Austria, Francia y Checoslovaquia. Y la cifra no se conoce con exactitud, debido a que todos los documentos del Konzern que mencionaban a los trabajadores extranjeros, prisioneros de guerra o internados en campos de concentración, llevaban el sello *Geheim* (secreto) y fueron quemados en grandes cantidades (29). Del modo, no hay forma de establecer exactamente cuántos campos de concentración fueron construidos por Krupp y las SS, o el número de *Stücke* que se hacinaban entre las alambradas. Existe una estimación bastante digna de crédito, no obstante. Hans Schade, un investigador retenido por los norteamericanos en Nuremberg, estudió los documentos que pudieron conservarse, y sus apreciaciones son, muy por encima de las demás, las mejores de que disponemos.

Con la extensión de la guerra y el crecimiento del poderío de Alfried, según revelan los gráficos confeccionados por Schade, se produjo un notable incremento de la población de esclavos de Krupp. Pero ya hacia agosto de 1943, las levas de trabajadores eran relativamente pequeñas. De Francia sólo llegaban grupos muy reducidos, y casi todos los holandeses eran enviados a Kiel. Las ochenta y una factorías de la Gusstahlfabrik y su complejo de Essen habían enrolado justamente 11.557 civiles extranjeros, 2.412 prisioneros de guerra, y ningún internado de campos de concentración.

Previamente a su coronación, el nuevo Krupp era ya todo un poder en el Reich, evidentemente. Cuando era vicepresidente del RVE asistió a una reunión en la Junta Central de Planificación del Führer, el 22 de julio de 1942, en la que entró en contacto con Speer, Sauckel, el general Erhard Milch, y Paul Körner, presidente del Hermann Goering Werke. Se decidió entonces llevar 45.000 obreros rusos no especializados a trabajar en las acerías alemanas, y otros 126.000 rusos, entre los cuales figuraban varios millares de prisioneros de guerra, para actuar en las minas. Pero Alfried no pudo hacer que gravitase la fuerza de su personalidad sobre sus colegas nazis hasta el final de aquel año, en que se convirtió en el único propietario de la firma. Entonces se encontró en situación de negociar directamente con el Gobierno, obteniendo esclavos a cuatro marcos por cabeza, e incluso insistiendo sobre los derechos de la firma a que le cambiasen la mercadería en malas condiciones:

> *«Es gilt jedenfalls als verienbart, dass für die Fabrikation gänzlich ungeeignete Leute ausgetauscht werden können.»*

> «Sin embargo, se ha convenido que la gente totalmente incapacitada sea cambiada.» (30).

Como los internados de los campos de concentración llegaban a Essen a veces en un estado poco satisfactorio, la estipulación representaba una rémora para Heinrich Himmler, Reichsführer de las SS, jefe del frente nacional, y comandante de todas las tropas de la Wehrmacht situadas dentro de las fronteras alemanas de anteguerra. Pero Alfried podía también hacer valer su fuerza. Como amigo apreciado y de los primeros

en apoyar a Hitler, como único propietario de Fried. Krupp, como uno de los «tres hombres capacitados» del RVE, como miembro del Wirtschaftsgruppe Eisenschaffende Industrie, y como Wehrwirtschaftsführer del Reich, el Konzernherr podía permitirse el lujo de elegir entre la enorme cantidad de extranjeros que iban llegando sin cesar al Reich, para destinarlos al trabajo.

Y las cifras de Schade demuestran que así lo hizo, en efecto. Un documento sin fecha, obtenido por un soldado norteamericano en Essen después del hundimiento, revelaba que en el día en que el escrito fue redactado, sólo la Gusstahlfabrik usaba aproximadamente 75.000 esclavos. Durante los primeros meses del ascenso de Alfried al supremo poder dentro de la firma, las listas de esclavos variaban grandemente, pues los Schlotbarone actuaban como las mujeres en las ventas de saldos, que se quitan unas a otras las mercaderías, pero hacia fines de ese verano se habían estabilizado, y el 30 de setiembre de 1944, cuando tenía como empleados bajo su mando a 277.966 personas entre obreros y empleados, también dominaba un imperio de esclavos cuyo número era bastante considerable. Según las palabras que tuvo que escuchar cuando se sentaba en el banquillo de los acusados de Nuremberg, Alfried fue responsable personalmente de «cerca de 100.000 personas explotadas como esclavos por Krupp en Alemania, en países extranjeros, y en campos de concentración» (31).

Para entonces, como Eugenio Davidson ha señalado sagazmente, muchos alemanes «hablaban como si se hubieran despertado de un fantástico sueño, en el cual hubieran tomado parte en cierto modo». Después del hundimiento de sus fuerzas armadas «se hallaron en un prosaico mundo no nazi en el que debía rendirse cuenta de crímenes de gentes inocentes, y contemplaron, llenos de incredulidad y horror, las fotografías de las atrocidades. Se lamentaron, y a veces se culparon ellos mismos, así como los hombres y los credos que habían servido». Debe recordarse, no obstante, que esto sólo ocurrió cuando el Reich quedó derrotado en el campo de lucha. Pero mientras Hitler se mantuvo en el poder, no hubo acto de contrición alguno. Los problemas del *Sklavengeschäft* se manejaban con decisión y eficacia, y, ocasionalmente, con evidente astucia. Durante el quinto verano de la guerra, los cañones de las metralletas de los *Einsatzgruppen* aún seguían calientes. El «ganado» era reclutado en el último momento, y Alfried informó en julio de 1944, que quinientos judíos «fueron negociados en el polígono de tiro» *(auf den Schiesständen)* (32).

El principal virrey de Alfried en este dominio fue Fritz von Bülow, que entonces contaba unos cincuenta y cinco años. Bajo de estatura, sonrosada la tez y con los ojos levemente saltones, Bülow hubiera preferido descansar en su hermosa biblioteca de Bredeney, debajo del escudo de armas del siglo XII de su familia, vistiendo su bata preferida y leyendo mundanas novelas francesas. Era un hombre culto y sensible, en suma, y ése era precisamente su problema. En teoría debía ejercer el papel de hombre fuerte. Berlín le había nombrado *Hauptabwehrbeauftragter* (jefe del servicio de contrainteligencia en la industria privada), tanto en el aspecto militar como político. Le había sido concedida la *Kriegsverdienstkreuz* de segunda clase, y era director de la policía de las fábricas. Pero todos estos honores llovieron sobre él porque era el ayudante privado de Gustav Krupp, quien a su vez le eligió por los servicios prestados por el padre de Bülow a la dinastía. En realidad, el principal esclavista de Krupp no era un hombre duro, y no se mostraba a la altura de la terrible ira que invadía entonces a la nación. Durante sus crisis

volvía la cabeza asqueado, mientras que sus subordinados, menos sensibles, seguían creando horror.

Bülow era el único eslabón endeble en la cadena de mando de Alfried. En los demás aspectos el sistema funcionaba perfectamente. La administración de Krupp, en el aspecto del personal, era casi un duplicado de la del Führer. Bajo el mando de éste, Sauckel trajo mano de obra forzada al Reich, y Speer la distribuyó. Bajo el mando de Alfried, Lehmann viajó al extranjero reclutando trabajadores, mientras los hombres del Arbeitsintatz I distribuían el *Stücke* que llegaba, por los campos de concentración de las fábricas de Krupp. Estos campamentos variaban considerablemente en cuanto su apariencia, población y tamaño, desde los de cinco mil judíos de Fünfteichen, hasta Saal Saes y Saal Fiedler, en los suburbios de Essen, cada uno de ellos con sesenta internados entre polacos y franceses. Contemplado desde el despacho de Alfried, el complejo mecanismo de trabajadores esclavos resultaba eficaz y coherente; parecía reunir las condiciones necesarias. Actuaba bien, en suma. Según las palabras de un observador, «los esfuerzos de Krupp en el mercado de esclavos, dieron un fruto rápido y abundante» *(schnelle und reiche Früchte)* (33).

En la wagneriana comparsa del Nuevo Orden de Hitler, el nombre de Krupp resultaba más poderoso que nunca. La dinastía no era capaz de resistir un examen muy a fondo, sin embargo. Después de haber dominado a la industria europea durante cuatro generaciones, había comenzado a supurar. Empleando una frase austríaca del siglo XIX, el Konzern era ya menos una autocracia que un estado de emergencia. Los esclavos lo demostraban, pues se habían convertido en el síntoma más evidente de la enfermedad que infectaba a toda Alemania. Ningún país, negocio o individuo podía llegar tan bajo y seguir subsistiendo. Por más efectivo que hubiera parecido como fuerza de trabajo —y las opiniones varían al respecto—, el sistema se hallaba condenado sin remedio, ya que los carceleros se convirtieron en encarcelados, atrapados por su creciente inquietud, sus recelos, y en algunos casos por su sentimiento de culpabilidad. La angustia contribuía a privarles de vitalidad. Mientras tanto, los esclavos resultaban cada vez menos útiles, conforme las condiciones de subsistencia les iba haciendo perder su valor como tales.

Algunos ya carecían de valor desde su llegada. Los *Menschenjagden* habían tenido muy poco cuidado al elegir. Los esbirros de Lehmann arramblaron con cojos, mancos y hasta con ciegos. Hacia el otoño de 1943, cuando Alfried suspendió las operaciones de Auschwitz, Essen se hallaba atestada de Ausländer esqueléticos, vestidos con girones y de rostro asustado, que procedían de los cuatro puntos cardinales; eran polacos, franceses, belgas, daneses, holandeses, luxemburgueses, checos, húngaros, eslovacos, rusos, ucranianos, yugoslavos, griegos e italianos, todos ellos recogidos tras la rendición de sus respectivos Gobiernos. También había argelinos, y hasta algunos chinos. Los sacerdotes jóvenes, los granjeros y los prisioneros de guerra, servían para el trabajo, desde luego, pero mezclados con ellos llegaban ancianos, mujeres encinta y niños. Estos eran inadecuados para la labor, evidentemente, y la edad mínima de trabajo en los talleres y minas fue descendiendo estremecedoramente con el correr del tiempo. Al comienzo era de diecisiete años. Luego, de acuerdo con un testimonio de Max Ihn, «se empleó a los jóvenes... desde los catorce años en adelante». El tribunal de Nuremberg comprobó que en 1943 se ponía a trabajar a los chicos de doce años, no como aprendices sino como obreros, y que «en 1944 se hacía trabajar a pequeños

de tan corta edad como seis años». Los rostros adelgazados de esos niños esclavos nos observan tristemente en las amarillentas fotografías tomadas en los talleres (34).

Ese verano, un teórico espectador, sentado en un helicóptero que volase bastante por encima de las oficinas de Alfried en Altendorferstrasse, y que fuera respetado por los *Flageschütze* de 88 mm que rodeaban la ciudad, habría contemplado un singular panorama. Debajo de él, a pocas manzanas del Hauptverwaltungsgebäude y extendiéndose hacia afuera en un radio de dos a cinco millas, vería hasta cincuenta y cinco *Konzentrationslager* de Krupp y las SS. A diferencia de aquellos alemanes que vivían cerca de los campos de exterminio, y que más tarde aseguraron no saber nada de lo que ocurría en los campamentos, los ciudadanos de Essen jamás se hallaron muy lejos de sus extraños huéspedes, ya que los campamentos se situaban en cobertizos bombardeados o en patios de escuelas, siempre rodeados por las casas de la vecindad (35).

No había uniformidad en cuanto a los alojamientos. Los internados habitaban recias construcciones, chozas endebles, tiendas de campaña o casas semiderruidas. Algunos dormían a veces a la intemperie, sin protección de las inclemencias del tiempo. De todos modos, era imposible pasar por alto el propósito de los campamentos. En un revelador fragmento del testimonio de Fritz Führer, en Nuremberg (Führer había sido un antiguo vigilante de Krupp que usara el azul uniforme de los guardias, y que llegó a comandante de campo), se relataba que los prisioneros vivían en dos edificios de piedra, que fueran escuelas. «Puedo afirmar —agregó satisfecho ante el asombrado tribunal—, que el campamento de Dechenschule no daba la impresión de ser una cárcel, de no ser por las alambradas de espino que la rodeaban, los guardias armados que había en la puerta, y los que patrullaban por los patios.» (36).

Partiendo desde el edificio de la administración, el hipotético observador hubiera visto en primer lugar los vallados de Seumannstrasse, tres millas al norte, donde 3.000 rusos, trabajadores occidentales y criminales alemanes se hallaban encerrados detrás de las alambradas y torres equipadas con reflectores y ametralladoras. La mirada del observador aéreo debería girar 180 grados por la densamente poblada zona oriental de Essen antes de encontrar Schalageterschule, con 160 prisioneros, directamente en frente de Villa Hügel, al otro lado del Ruhr. Allí, como en la mayoría de los demás campamentos, no había ametralladoras. El Werkschutz estaba dotado de antiguos fusiles Mannlicher, reliquias de la guerra francoprusiana. Hacia el oeste, el observador descubría Kraemerplatz, con 2.000 eslavos y franceses; Raumerstrasse, con 1.500 prisioneros de guerra rusos, y aún algo más al oeste, la Dechenschule de Fritz Führer, de la que se habían trasladado 300 eslavos orientales, en la primavera anterior, para hacer sitio a los «occidentales». En la última semana de agosto un recién llegado comenzó a escribir en secreto un Diario que más tarde fue presentado como prueba contra Alfried en el Palacio de Justicia de Nuremberg:

> *«Le camp de Dechenschule, situé à la limite ouest de la ville d'Essen, vit des arrivages des prisonniers originaries de Belgique, dès le printemps 1944... En fait le camp... était administré para la Werkschutz, ou police privée de la firme Krupp.»*

«Durante la primavera de 1944 llegaron prisioneros belgas al campo de Dechenschule, situado en el límite occidental de la ciudad de Essen... El nombre oficial de este campamento era Sonderlager der Geheimstaatspolizei Dechenschule, es decir, un campo de la

Gestapo. Pero esa organización sólo ejercía el control en el más alto nivel administrativo. De acuerdo con lo que los prisioneros pudieron comprobar, el campamento se hallaba... administrado por la Werkschutz, o policía privada de la firma Krupp.» (37).

Al oestenoroeste del punto de partida de nuestro figurado vuelo en helicóptero, había tres campamentos: Hafenstrasse III (1.000 checos), Nöggerathstrasse (1.000 prisioneros de guerra franceses), y Spenlestrasse (2.500 rusos). Los tres fueron repetidamente condenados por Kruppianer responsables, en notas que enviaron a la oficina principal. Nöggerathstrasse resultaba particularmente odioso al doctor Wilhelm Jäger, médico jefe de los campos de Krupp, cuyas repetidas peticiones de clemencia en favor de los esclavos de la firma llegaban a lo heroico. En un memorándum confidencial fechado el 2 de setiembre de 1944, escribió que los franceses que habían allí, se alojaron «durante casi medio año en perreras, urinarios públicos y antiguos hornos de pan». Las perreras tenían «tres pies de alto, nueve pies de largo y seis pies de ancho». Cinco hombres dormían en cada una de ellas, y los prisioneros tenían que «andar por aquellas covachas a cuatro patas». En el campamento «no había agua» (38).

El grupo mayor de campos de concentración —llegaban a veinte—, se encontraba al noroeste del Hauptverwaltungsgebäude. Allí, entre otros, estaban Frintoperstrasse (1.000 eslavos) Robenhorst (1.000 «orientales»), y Bottroperstrasse (2.000 italianos y franceses). Una y otra vez la situación se repetía. Los médicos de Krupp, temiendo la contaminación, al fin se negaron a entrar en los terrenos para ganado humano. Jäger informó a Alfried que la situación en los campamentos era extremadamente grave, y que se temía que las epidemias entre los esclavos pudieran extenderse a los alemanes. Los documentos de la época no revelan ninguna preocupación por parte de Altendorferstrasse a este respecto. Una característica nota de archivo, fechada el 6 de julio de 1944, cubría un amplio campo de detalles (comprendidos 500 esclavos «solicitados» personalmente por Alfried «de la oficina del Abogado del Distrito, Hamm»), pero no mencionaban mejora alguna en las condiciones dentro de las alambradas. En un párrafo se lee: «Herr Pfister observó que el antiguo campamento para militares italianos internados... estaba en buenas condiciones. Podía suministrarse alojamiento para 2.000 prisioneros en total, usando literas triples, en lugar de dobles, que eran las empleadas hasta entonces. En cada una de las esquinas del campo podía erigirse una torre de vigilancia de forma sencilla, con fines de seguridad... Con tal objeto, las alambradas de espino deben reformarse debidamente. Otros cambios no son necesarios en el campamento.» La razón de que los cambios fueran innecesarios era que la firma debía pensar en el futuro, y el albergar a Kruppianes alemanes en semejantes estructuras, como hizo notar un informe comercial presentado el 24 de marzo anterior, era algo en lo que ni siquiera se debía pensar:

> «Las chozas para albergue, que en el presente se utilizan para acomodar judíos y empleados de los campos de concentración [*Juden und KZ-Häftlinge*], deben considerarse inservibles para fines de paz [*in Friedenszeiten wertlos*], ya que no puede pensarse en albergar personas en el futuro en tales chozas.» (39).

Como acérrimo nacionalsocialista que era Alfried, jamás olvidó su distinción doctrinaria entre «orientales» y «occidentales». En teoría, al menos, los franceses y habitantes de los Países Bajos habían llegado

al Ruhr por propia voluntad —*Freiwillige*, según las palabras de una orden que circuló por los talleres de Krupp, al tercer mes de ser éste convertido en único propietario—, y debían ser «librados del servicio, como antes, a la expiración de su contrato». En cambio, «los trabajadores orientales y polacos, quedarían sujetos a un servicio indefinido».

Una orden sin fecha establecía que los rusos «serían estrictamente separados de la población alemana, de los demás trabajadores civiles, y de todos los prisioneros de guerra. Se les colocaría en campamentos cerrados, que sólo abandonarían para ir a trabajar *under escort* de la guardia». (Las cursivas son del original.) Pero en la práctica las diferencias desaparecieron. Una vez los voluntarios decidieron ejercer sus derechos, y los perdieron. «Los contratos por un año de numerosos trabajadores franceses, belgas y holandeses de la Gusstahlfabrik expirarán dentro de dos meses —decía una carta de Krupp a la oficina de empleo de Essen—. Puesto que esas gentes no están dispuestas a renovar sus contratos, se les reclutará igualmente.» (40).

La teoría del tratamiento diferenciado se desvaneció al cabo de pocas semanas. Todos los internados tenían la obligación de quitarse la gorra cuando un oficial de las SS o del Werkschutz aparecía en sus alojamientos. Los que como desafío destruían sus cubrecabezas, eran sometidos a una increíble humillación: se les afeitaba el cráneo formando cruces. Cuando Hermann Brombach, un agente de Krupp en los Países Bajos, envió desde allí una nota manifestando que muchos obreros holandeses permanecían más tiempo del estipulado en sus permisos, «sin justificación», Bülow trazó planes en octubre de 1943 para «crear un campo penal *(Strafanstalt)* de la propia firma Krupp en la Gusstahlfabrik». Desde entonces los excesos a que fueron sometidos los eslavos y judíos resultaron familiares para los trabajadores europeos (41).

Dechunschule fue el primer *Strafanstalt*. En una declaración de posguerra, Bülow explicó que frecuentemente se le obligaba «a denunciar a los trabajadores extranjeros a la Gestapo... debido al ausentismo». Previamente, cuando el Kriminalrat Peter Nohles, dirigente local de la Gestapo, le hizo notar que las prisiones estaban atestadas, Bülow concibió la idea de un campamento aparte desde el cual los trabajadores pudieran ser «escoltados a sus trabajos por miembros de la policía de las fábricas de Krupp». Pero en la época que nos ocupa, lo explicó de un modo distinto. De acuerdo con las notas taquigráficas de una conferencia celebrada en el Hauptverwaltungsgebäude en enero de 1944, Bülow se puso en pie para decir a Alfried que «los extranjeros deben ser tratados con mayor severidad y rigidez. Para ellos es especialmente conveniente un castigo aparte de su trabajo. Dechenschule se convertirá en un campamento penal... bajo la supervisión de la Gestapo... Se invitará a los oficiales a enumerar tareas especialmente penosas o sucias para las que esos extranjeros serán utilizados en grupos de cincuenta o sesenta» (42).

Nohles, el jefe local de la Gestapo, se suicidó en la prisión de Nuremberg durante el proceso de Krupp, pero antes de quitarse la vida dejó una declaración y setenta y una páginas de testimonios. La esencia del escrito es que su papel en Dechenschule era principalmente el de una figura decorativa. Aunque fueron pocos los alemanes que admitieron haber intervenido en crímenes de guerra, la declaración de Nohles se vio confirmada por las de prisioneros supervivientes, de algunos guardias de Krupp, y de los documentos de la firma. A decir verdad, el Werkschutz describía a Dechenschule como «un campamento disciplinario de trabajo, supervisado por la Gestapo, y vigilado por la policía de la empresa», pero no había pruebas de tal supervisión. Por otra parte, los internados advertían que los guardias que les golpeaban con porras de cuero llevaban

el nombre de Krupp en las gorras y los brazaletes. Fritz Führer, el *Lagerführer*, estaba en la nómina del personal de Alfried, y más tarde atestiguó que la orden acerca del trabajo sucio y difícil que había dado Bülow, se llevaba a cabo en los hornos y montones de escoria. Los archivos de la Gestapo que se hallaron en Korterstrasse, en 1945, especificaban la dirección del campamento (Dechenstrasse 22) y el número de teléfono (Essen 20597), pero Nohles estaba demasiado ocupado para llamar por teléfono, y más aún para inspeccionar el campamento (43).

Pero sin duda habría aprobado las medidas de precaución. Resulta dudoso que éstas hubiesen podido perfeccionarse. Las ventanas se hallaban provistas de fuertes barrotes de hierro, y una doble valla de alambre de espino rodeaba el campo. En cuanto a los guardias, tenían orden de que «a la menor señal de indisciplina o desobediencia, actuasen implacablemente. También las armas deben ser disparadas inmediatamente, con el firme propósito de acertarles». Los prisioneros trabajaban doce horas por día, durante siete días a la semana; no tenían vacaciones, claro está, ni se les pagaba nada. Bülow se hallaba tan orgulloso de aquel campamento, que el 15 de marzo, anticipándose a la detención de «muchos más de esos belgas y franceses», exhortó a la empresa a que «abriese otro campamento especial en Kapitän-Lehmann Strasse». Este no llegó a crearse nunca. En realidad, el propio Dechunschule fue destruido por las bombas de los Aliados, lo que obligó a trasladar apresuradamente a los prisioneros a un campamento construido con toda rapidez en Oberhausen (44).

El orgullo de Bülow no estaba realmente justificado. En teoría el campamento parecía una excelente solución contra el ausentismo. Pero no fue así. Fritz Führer, al examinar las fichas de los prisioneros, se asombró al observar que a la mayor parte de ellos no se les podía culpar de que violaran un contrato, por la razón de que nunca habían estado antes en Alemania. El Reich había cometido un colosal error. Un elevado porcentaje de esos hombres eran dirigentes civiles, profesores y sacerdotes que habían sido detenidos como rehenes temporales, enviados al Ruhr por algún error incomprensible, y luego a Dechenschule, sencillamente porque allí había alojamiento disponible. En todos los aspectos, se trataba de los extranjeros más distinguidos que había en Essen. Y sin embargo, allí estaban, dispuestos para el castigo. Su cárcel, cuidadosamente proyectada, diestramente edificada y vigilada con todo celo, era admirable en todos los aspectos, menos en uno: se habían equivocado de prisioneros (45).

# 20

## Hasta los dioses luchan en vano

La actitud de Krupp hacia los «empleados eventuales» de la firma era un reflejo impreciso de la postura oficial de Berlín. El general Adolf Westhoff, del OKW, declaró que el tratamiento que daba Alfried a los prisioneros de guerra rusos no contaba con la aprobación de la Wehrmacht, y entre las pruebas de la acusación exhibida en Nuremberg, se hallaba la transcripción de una llamada telefónica de un coronel del OKW en Berlín, el cual protestaba el 14 de octubre de 1942, diciendo: «el *Oberkommando der Wehrmacht* ha recibido últimamente de sus propias oficinas, y también muchas cartas anónimas de la población alemana, quejándose del tratamiento que daba a los prisioneros de guerra la firma Krupp (especialmente de que se les golpea, y además que no les dan los debidos alimentos. Entre otras cosas se dice que los prisioneros de guerra no han recibido patatas desde hace seis semanas). Estas cosas no ocurren en ninguna otra parte de Alemania» (1).

Los jefes nazis se mostraron más tolerantes en relación con tales abusos, y sin embargo, Krupp no estaba siempre de acuerdo con el partido. En su nota del 21-22 de marzo de 1942, Albert Speer señaló: «Punto 20: El Führer declaró inequívoca y extensamente que no está de acuerdo en que se dé tan mal de comer a los rusos» y también, «Punto 21: Al Führer le extraña que los civiles rusos sean encerrados tras alambradas de espino, como prisioneros de guerra». Speer y Sauckel prometieron que estas prácticas no serían habituales —ambos consideraban que las vallas de espino dañaban la moral del trabajador—, y al mes siguiente, el 22 de abril, la orden fue reforzada con un decreto de las SS que prohibía retener a los civiles en tales campamentos vallados, añadiendo: «Las alambradas de espino ya utilizadas para este fin, deben ser eliminadas, a menos que no se consiga otro alambre». Krupp ignoró las órdenes, tanto del Führer como del Reichsführer de las SS. Una inspección llevada a cabo en marzo de 1943, reveló que los postes que rodeaban los campamentos de Essen habían sido provistos de alambres más gruesos y espinosos (2).

Drexel A. Sprecher, un eminente abogado de Washington que presenció todos los juicios de Nuremberg y luego publicó testimonios y declaraciones, confesó que para él el caso Krupp era el más asombroso de

todos. Sprecher concluía diciendo que «la explotación de Alfried de los trabajadores esclavos era peor que la de cualquier otro industrial, comprendido I. G. Farben. En ninguna otra parte hubo tanto sadismo, tanta barbarie insensata, ni un tratamiento tan increíble de la gente, como material deshumanizado». A su entender, la razón residía en el mando único ejercido por Krupp. «Su poder era absoluto, y en consecuencia, era totalmente corrompido. Al mismo tiempo, los hombres situados por debajo del soberano, eran controlados sólo por él, y cuando éste no podía hacerlo, se entregaban a toda clase de excesos, como sólo saben hacerlo los alemanes.» (3).

Esto puede ser cierto; pero hay otra posibilidad. Había algo más que la razón del propietario único. Desde la fundación de la dinastía, *die Firma* había exaltado las virtudes familiares. Por mucho que se diga contra el paternalismo, lo cierto es que en ningún otro imperio industrial los trabajadores se mostraron más leales a sus empleadores, ni sus familias se mantuvieron más estables en el lugar en que habitaban. Esta manera de proceder estaba arraigada en la larga tradición de genuino interés de Krupp por el bienestar de sus empleados, y esa preocupación patronal aumentó ante las anormales condiciones de guerra del Ruhr. Durante seis años la proporción entre hombres y mujeres alemanes, en la zona antedicha, fue tremendamente distinta. Durante un momento de la terrible época entre 1939 y 1945, todo varón capacitado entre diecisiete y sesenta años fue llamado a filas. Por esa época había 48.970 extranjeros en Essen. Resultaba fácil para Hitler, Himmler y Speer hablar de quitar las barreras existentes entre los esclavos y los civiles alemanes. Pero lo cierto es que no todas las mujeres del Ruhr consideraban a los *Fremdarbeiter* como subhombres, y si lo pensaban así, hacían lo posible por olvidarlo. Por astrosos y famélicos que estuvieran, los extranjeros seguían siendo hombres.

Eran esos los días en que las muchachas de Essen —y algunas *Hausfrauen,* también— vagaban de noche por las calles en parejas. Para los directivos de Krupp, que no cesaban de pensar en los sufrimientos de los soldados en el frente, un peligro se hacía evidente. *Rassenschande* (vergüenza de la raza, es decir, la cópula con *Untermenschen*) era el peor crimen para los alemanes. A pesar de todo, y de acuerdo con un informe obtenido durante el segundo año de guerra, las chicas del Ruhr, incluso hasta de trece años, consideraban «apetecible y excitante» el tener relaciones sexuales con los internados de los campamentos (4).

Por consiguiente, los carteles que mandó fijar el Hauptverwaltungsgebäude por toda la ciudad, el 13 de marzo de 1942, no iban dirigidos a los prisioneros, sino al *Volk.* Se declaraba que «a pesar de las repetidas instrucciones y admoniciones, numerosas empleadas continuaban infringiendo los reglamentos relativos a los prisioneros de guerra. Así, últimamente se habían descubierto relaciones entre trabajadores alemanes, varones y hembras, o civiles extranjeros, por una parte, y prisioneros de guerra por la otra». El único jefe nazi que demostró estar de acuerdo con la actuación de Krupp en este sentido, fue el desafortunado Reinhard Heydrich; tres meses antes, el 20 de febrero, había prohibido el envío de asiáticos a Alemania, y también el contacto social entre la población alemana y los prisioneros de guerra rusos. Pero Krupp fue aún más allá. Según continuaba manifestando la advertencia del 13 de marzo, la gente de Essen «debe comprender que todos los prisioneros de guerra —incluidos los franceses— pertenecen a naciones hostiles. *Los trabajadores civiles rusos deberán ser tratados lo mismo que si fueran prisioneros de guerra.* Cualquier simpatía es una falsa piedad que los tribunales no aceptarán como excusa». (Cursivas en el original.) (5).

El temor a una *Rassenschande* en la comunidad llevó a los supervisores de Krupp a ser excepcionalmente severos. Bülow prohibió a los internados la asistencia a iglesias, el escribir a casa, el no llevar la correspondiente insignia, y sobre todo la fraternización con los habitantes locales. Contra la posibilidad de que los varones alemanes resultaran seducidos por mujeres rusas, la tremenda nota añadía que «de las trabajadoras del Este que queden encinta, no se pasaría ya informe a las SS»; en lugar de ello Krupp aplicaría sus propios procedimientos. El embarazo de las mujeres, tanto dentro como fuera de las alambradas, era un problema creciente, y su extensión un tributo al instinto reproductivo del ser humano, ya que sólo una persona muy dotada podía concebir, o hacer siquiera el amor en el Ruhr, en tiempos de guerra. En teoría, al menos, los prisioneros nunca se veían libres de la vigilancia. A los trabajadores «especialmente considerados», se les permitía «pasear bajo la supervisión de un guardia alemán, en domingos alternos». Al amanecer les despertaban los gritos de los Werkschutz: «*Aufstehen und beeilen Sie sich!*» (¡Arriba y de prisa!), y por la noche era: «*Halt's Maul!*» (¡Silencio!) (6).

El temor de que las chicas alemanas pudieran convertirse en prostitutas aficionadas, se evidenciaba en las rigurosas prohibiciones. A Krupp nunca se le ocurrió prescindir de la fuente de tentación masculina. Pero en cambio, todo esclavo era vigilado estrechamente y considerado como un evadido en potencia. Actualmente esto se niega con vehemencia en Essen, y Krupp insistió posteriormente que «todos aquellos hombres y mujeres eran víctimas de un sistema laboral obligatorio, impuesto a los industriales por el Estado» *(die der Staat seiner Industrie oktroyiert hatte)*. Al testimoniar Speer en Nuremberg que las empresas no tenían control sobre los campamentos, arguyó que «el jefe de una firma no podía preocuparse acerca de las condiciones en tales campos». Algo hay de verdad en esto. Alfried, en efecto, no podía inspeccionar todos los campamentos. Sin embargo, era responsable de la actuación en conjunto. Las instrucciones imperantes en Essen procedían sin duda alguna de lo más alto de la firma, que guardaba sus prisioneros con extraordinario celo. Una nota de Alfried fechada el 12 de enero de 1944, establecía que la «solicitud de permisos especiales para los civiles italianos es *prima facie (auf den ersten Blick)* poco digna de crédito», se quejaba de que «los franceses se niegan a extender sus contratos», y declaraba que «Berlín... debe saber una vez más que tienen que tomarse medidas más estrictas para que el personal [francés] vuelva de sus permisos. A pesar de la intervención de Sauckel, resulta difícil obligarles a regresar, especialmente de Francia, donde no hay registro de policía» (7).

Los ausentes no eran perezosos. Según observaba una nota de archivo de Alfried, «informes de Francia indican que los franceses que han roto sus contratos no tienen dificultad en hallar trabajo en Francia». Tampoco estaban hartos de las reglamentaciones teutonas, de ser alojados en perreras y urinarios públicos; no, sencillamente, se hallaban aterrados. Los grupos de *Flakgeschütze* y reflectores que rodeaban el gran semicírculo de campamentos, resultaban ineficaces. Yaciendo inerme bajo la mira de los Lancaster de sir Arthur Harris, Essen se había convertido en un lugar de muerte. Krupp estaba descubriendo que:

> «Se acercaba el fin de la época en que la Gusstahlfabrik podía producir sin ser molestada [*Die Zeit geht zu Ende, da die Gusstahlfabrik ungestört arbeiten durfte*]. El 5 de marzo de 1943, Essen y los talleres Krupp sufrieron el primer bombardeo. Dos años más tarde, el 11 de marzo de 1945, el último y más contundente golpe

iba a caer sobre ambos. Entretanto, los bombarderos volvieron con regularidad. La monotonía de esta forma de guerra hizo un hábito del terror [*Die Monotonie dieser Kriegsform lässt Schrecken zur Gewöhnung werden*]. Las bombas no distinguían entre justos e injustos, ni perdonaban a los inocentes, y rara vez tocaban a los culpables.» (8).

Respecto a este punto, diremos que, en efecto, casi nunca dañaron a los que tenían la culpa. El Kruppbunker no fue alcanzado, y las casas de los directores en Bredeney, resultaron relativamente indemnes, en tanto que los prisioneros de guerra, los trabajadores extranjeros y los demás internados en campos de concentración se encogían indefensos bajo los ataques de los aviones. Eugen Lauffer, técnico administrador de una de las secciones de Alfried, admitió en Nuremberg que «los campamentos se hallaban sin excepción en las zonas que resultaron más afectadas». Durante una de las incursiones aéreas no se proporcionó atención médica a los supervivientes hasta pasadas veinticuatro horas, y a los católicos mortalmente heridos que solicitaron los últimos sacramentos, se les negó lo que pedían. En marzo de 1943 los británicos acabaron con un centenar de polacos de Hafenstrasse, un complejo de campamentos situado en el noroeste de la ciudad, junto al suburbio de Borbeck. En total y según un informe enviado a Alfried sin fecha, cuando estaba concluyendo la guerra, tres campamentos resultaron «parcialmente destruidos», treinta y dos «destruidos», y veintidós «destruidos dos veces». Ninguno quedó intacto. En una sola noche, la del 23 al 24 de octubre de 1944, en una lista de Essen se relacionaban 820 personas muertas y 643 heridas (*) (9).

En parte las tragedias eran consecuencia de bombardeos en los que no se hacía ninguna diferencia. Pero en esto, como en todo, Krupp tenía una política; los justos debían sufrir más que los injustos, y algunos inocentes más que otros. En una calle había dos campamentos, el uno al lado del otro. Cuando sonaba la sirena, las muchachas judías se refugiaban en los restos de un sótano derruido que había dentro de las alambradas de su campo, y los polacos en una fosa del suyo. Durante un bombardeo de poca magnitud, una bomba perdida cayó sobre la fosa. Más de un centenar de polacos murieron en tal ocasión. En seguida llegó la orden de que en lo futuro las judías se refugiasen en la peligrosa zanja, y los hombres en el sótano, que era más seguro. Allí los polacos tendrían más probabilidades, aunque no tantas como los «occidentales». Por eso las bajas eran tan considerables en Hafenstrasse. Para la muerte también había categorías: un judío tenía menos probabilidades que un *Ostarbeiter;* éste menos que un *Freiwilliger,* y a su vez éste corría más riesgos que los *Herrenvolk*. Una muchacha judía superviviente, recordaba más tarde: «Cuando había un ataque aéreo, éramos las únicas a quienes se prohibía ir al refugio. Debíamos quedarnos donde estábamos, expuestas al bombardeo y sin ninguna clase de protección *(waren dem Luftangriff ohne irgendwelchen Schutz ausgesetzt)...*» (10).

Claro está que nadie se hallaba realmente a salvo (con excepción de los cabecillas refugiados en el bunker situado bajo el castillo de la colina), pero se construyeron unos refugios provisionales para los Kruppianer. Los esclavos carecían de estos *Luftschutzeinrichtungen*. Todo lo más disponían de *Splittergraben* (trincheras) que cavaban ellos mismos. En una declaración escrita de Nuremberg, Alfried insistía: «Por lo que a... los fuertes ataques aéreos se refería, la causa de esa dificultad debe

(*) Esta lista pudo comprender algunos alemanes. El informe no aclara este aspecto.

atribuirse a que la construcción [de refugios] no era inmediatamente posible.» De ahí que «cada vez fuera mayor la petición de campamentos y otros lugares adecuados que no estuviesen dañados por las bombas». Esto no es cierto, y tenemos las notas de uno de sus colegas Schlotbarone para probarlo. En octubre de 1944, cuando la guerra se hallaba en su sexto año, y no podía hablarse de la confusión inicial que hizo «imposible» la construcción de refugios, Bernard Weiss, del grupo Flick, fue a visitar una fábrica de Krupp. Su gira fue interrumpida por un bombardeo enemigo, pasado el cual escribió lo siguiente:

> «Como no había adecuados refugios antiaéreos, se nos aconsejó abandonar los talleres [*Da keine ausreichenden Schutzräume vorhanden waren, wurde uns empfohlen, das Werk zu verlassen*] Todos los empleados, asimismo, *con excepción de los internados en los campos de concentración* [*mit Ausnahme der KZ Insassen*], saltaron a autobuses o bicicletas, mientras otros salían corriendo hasta el campo, que a dos kilómetros de distancia rodeaba los talleres.» (Cursivas del autor.) (11).

En resumen, todo el mundo tenía derecho a ponerse a cubierto, menos los prisioneros, que debían quedarse donde estaban, aguantándolo. Al principio no todos sufrían en silencio. A las diez y media de la noche del 9 de enero de 1943, una vez que se hubo disipado la polvareda del primer bombardeo verdadero de los ingleses, el Werkschutz hizo una llamada de urgencia a Lehmann, que copió la conversación para Alfried: «El capitán Dahlmann me llamó y me dijo que los guardias de nuestro campamento de prisioneros de Raumerstrasse apenas eran capaces de contener la rebelión entre los prisioneros de guerra rusos... En opinión del capitán Dahlmann, la razón de que los prisioneros de guerra se muestren tan inquietos, es que en el campo de Raumerstrasse no hay trincheras de protección.» (12).

Dos meses más tarde, cuando los Lancaster lanzaron 908 toneladas de bombas durante la gran incursión del 5 al 6 de marzo y originaron un corte circunstancial de energía eléctrica, no hubo la menor señal de pánico. Los esclavos enterraron pasivamente sus muertos, y se aplicaron con rapidez a reconstruir los talleres que habían sido dañados. Para entonces ya habían aceptado su suerte, sabiendo que no tenían otra elección. Si se quedaban, podían volar bajo las bombas de la RAF; si echaban a correr, sabían que caerían a causa de las balas de los Mannlicher y los Mauser. Su suerte era penosa y evidente, y sin embargo, casi nada se hizo por aliviarla. En aquel primer memorándum, Lehmann dijo a Alfried que Dahlmann «había ordenado urgentemente que se cavaran aquellas trincheras, a fin, entre otras cosas, de no alarmar a la población civil que había alrededor, en caso de serios inconvenientes». No obstante, el suelo del campamento permaneció en su primitivo estado, y un informe del 16 de octubre señalaba que en Rammerstrasse «no hay instalaciones antiaéreas para los guardias ni los prisioneros de guerra». A los internados ni siquiera se les proporcionaba arena para extinguir los incendios producidos por las bombas de fósforo (13).

De igual forma, el Lagerführer de Hafenstrasse advirtió a la administración que los 1.400 polacos, checos y rusos de ese campamento se hallaban en gran peligro. Una vez más Lehmann anotó: «Ayer el capitán Fiene, del Werkschutz local, me llamó y me dijo que las trincheras para protección contra metralla debían ser construidas lo antes posible...» Dos meses más tarde, en marzo de 1943, cuando el complejo de campamentos de Hafenstrasse resultó arrasado, aún no se habían cavado las

trincheras solicitadas. Los campamentos fueron reconstruidos en su totalidad; se trajeron más *Stücke* para que se albergasen en ellos, pero otra vez se ignoró la protección más elemental, y de nuevo los internados cayeron bajo las bombas. La situación se repetía, y los informes de Lehmann eran arrinconados o archivados. Pero también él hizo caso omiso de algunas protestas que le hicieron llegar. El 13 de octubre de 1942, uno de sus subordinados le envió un informe acerca de una visita que había hecho a Herdenstrasse, manifestando entre cosas que «las precauciones contra los bombardeos son nulas. No hay trincheras de protección para los guardias, ni para los prisioneros». Lehmann hizo a un lado el escrito. Al año siguiente Herdenstrasse fue arrasada, muriendo 600 prisioneros de guerra soviéticos (14).

Las trincheras ofrecían el refugio más elemental y primitivo. A pesar de todo, eran mucho mejores que el terreno abierto, y conforme la ofensiva del Comando de Bombardeo fue ganando en intensidad, los esclavos se dedicaron desesperadamente a cavar agujeros como podían, hasta con las manos. El Werkschutz y las SS no trataban de detenerles, pero tampoco les ofrecían ayuda. Los guardias de Dechenschule construyeron un fuerte bunker para ellos. También entraban algunos empleados, pero desde luego no se permitió el acceso a ningún prisionero. Muchos de éstos se las arreglaron en una gran grieta que se había abierto en el terreno.

Una situación casi idéntica se desarrollaba en Walzwerk II (Tren de Laminación II). Según Gerhardt Marquardt, un veterano maquinista que era Kruppianer desde 1920, sus compañeros alemanes transformaron un salón de esparcimiento en refugio al reforzar el techo y las paredes con hormigón. Cuando sonaban las sirenas, los prisioneros de guerra franceses que trabajaban con ellos, eran excluidos, y tuvieron que cavar una zanja entre las escorias, fuera del taller (15).

Cuando los aviones de reconocimiento de la RAF pasaban sobre Essen, observados impasiblemente por el Konzernherr de Villa Hügel, los esclavos más afortunados eran los que habitaban cerca de los túneles del ferrocarril. Dos millas al oeste del Hauptverwaltungsgebäude, tres de tales túneles de la línea Essen-Mülhelm pasaban por Nöggerathstrasse, Grunertstrasse y Böhmerstrasse. El último era el mejor de todos. Tenía setenta metros de largo por siete de ancho; una estructura semejante resultaba segura contra los aterradores bombardeos. Aun hoy día su seguridad resulta evidente para los que vivieron en aquellos lugares. Aunque los alrededores presentan todavía los huecos de los proyectiles, el interior del túnel se muestra sólido y seguro.

Este paraíso se hallaba a cinco manzanas de distancia del campamento de Raumerstrasse. Un hombre ágil hubiera podido llegar hasta él en tres minutos, como máximo, y desde que en enero de 1943 estuvo a punto de producirse el motín, los guardias permitieron que los internados les siguieran en su carrera. Es decir, sólo a los más veloces se les consentía ir allí, ya que el túnel no podía contener a todo el mundo. Según un informe de la época, «en este campamento había entre 1.200 y 1.500 prisioneros, y... el túnel no podía acomodarlos a todos, por lo que durante los bombardeos el resto tenía que permanecer en el campo». En la primera carrera ya quedaban separados los rápidos de los lentos. Más tarde, los que sabían que no llegarían a tiempo se quedaban atrás. Para los guardias del Werkschutz era la solución ideal: la supervivencia del más fuerte. En realidad era el triunfo de los más jóvenes. Los que se retrasaban o caían por el camino eran los maduros y los ancianos. De tal modo, las posibilidades de vivir estaban condicionadas por la edad:

los prisioneros que el Comando de Bombardeo eliminó en Raunerstrasse eran casi todos de edad avanzada (16).

Por desgracia para los internados de Nöggerathstrasse, el paso subterráneo situado más cerca de ellos era una arteria de la red de defensa civil. Al comenzar las incursiones aéreas, y durante las mismas, los camiones contra incendios de Altendorf y Frohnhausen entraban y salían continuamente, y la entrada a todos los refugiados quedaba *verboten.* Aún había el paso de Grunnertstrasse, pero no era muy adecuado. En realidad, se trataba de un poco más que un puente. Por otra parte, el túnel estaba demasiado alejado del campamento. El Lagerführer anunció que los internados que desearan ir allí tendrían que quedarse en aquel lugar. Un destacamento de guardias aparte les sería asignado. Aunque vivir en el túnel significaba dormir sobre la fría piedra, todos los prisioneros de guerra franceses se mostraron dispuestos a ir. El asunto se resolvió por sorteo, y los 170 ganadores se trasladaron al túnel. El 12 de junio de 1944, cierto doctor Stinnesbeck informó al infatigable doctor Jäger que «el número de prisioneros de guerra en el campamento de Nöggerathstrasse era de 1.420». Stinnesbeck se mostraba disgustado. Los tratamientos médicos debían realizarse fuera del campamento, y las llamadas de urgencia se atendían en el cuarto de baño de una casa consumida por el fuego. Los enfermeros dormían en otros retretes; no había medicinas ni vendajes. Y lo que también preocupaba al médico era que «170 de ellos no viven ya en chozas»; en lugar de ello se albergaban en el túnel de Grunnertstrasse, que según afirmaba «es húmedo e inadecuado para alojar seres humanos» (17).

Por una vez Jäger no se dejó conmover. Se hallaba bregando con aquellos asuntos mucho más tiempo que su colega, y había aprendido a ajustarse a la realidad. La situación en Nöggerathstrasse era en cierto aspecto un sencillo problema de aritmética. Un año antes el campamento había albergado a 1.100 franceses. Desde entonces, 286 de los que habían permanecido en las cabañas resultaron muertos a consecuencia de las incursiones aéreas. El túnel podía ser húmedo, incómodo y poco apto para vivir en él, pero en otras circunstancias. Por el momento, 170 prisioneros se habían marchado allí, y allí permanecían. Los ganadores del sorteo habían salvado la vida.

Durante los últimos y tortuosos días del Reich del Milenio dos de las secretarias de Goebbels huyeron de Berlín en bicicleta, y el enfermizo *Doktor,* aunque ya preocupado con los planes de su próximo suicidio, gritó: «¿Cómo vamos a tener ahora garantía de seguir un horario regular de trabajo?» En el Hauptverwaltungsgebäude cundía alternativamente la ira y la risa ante la falta de realismo de los burócratas nacionalsocialistas, y bautizaron a Wilhelmstrasse *das Idiotenhaus.* Sin embargo, en la capital no había nada tan idiota como el derroche insensato de *Sklavenarbeit* de que se hacía gala en Essen. El más brutal de los tratantes de esclavos árabes conoce el valor del ganado humano. Este negrero puede que los humille y maltrate, pero siempre tiene buen cuidado de mantener en ellos la chispa de la vida. De otro modo se arruinaría. El despilfarro de vidas humanas que tan útiles eran para Krupp, resulta por consiguiente un enigma insoluble: «*Mit der Dummheit kämpfen Götter selbst vergebens*», escribió Schiller en *Die Jungfrau von Orleans*: «Hasta los dioses luchan en vano contra la necedad.» (18).

Aunque los *Weltanschauung* nazis exigían una actitud implacable hacia los subhombres, la necesidad de mano de obra que existía en Alemania hacía que hasta los miembros más fanáticos de la jerarquía reconociesen

la necesidad de una política moderada a este respecto. Un esclavo satisfecho, tenían que reconocerlo, era un esclavo que trabajaba mejor. En consecuencia, se condenaron los excesos, no porque estuvieran reñidos con la conciencia humana, sino porque limitaba el rendimiento. Después de una *Menschenjagd* especialmente dura en el otoño de 1942, la oficina de Alfred Rosenberg protestó contra «métodos de "reclutamiento" que probablemente tienen precedentes en los oscuros días del tráfico de esclavos». Goering gruñó que como *Ostarbeiter* inferiores debían calzar zuecos de madera y alimentarse con «comida especial» (para animales); pero a pesar de todo coincidía con Goebbels en que sólo un hombre que recibía suficiente alimento podía trabajar adecuadamente. Para Speer «no había nada que decir en contra de las drásticas medidas tomadas por las SS, ni sobre el hecho de recluir a los rebeldes en los campos de concentración», de todos modos insistió también en alojar y dar bien de comer a los internados, ya que de lo contrario su rendimiento sería más bajo (19).

Por extraño que parezca, el mayor defensor del comportamiento apropiado hacia los reclusos era Fritz Sauckel, el principal esclavista del Reich. En los documentos que han perdurado, su posición queda siempre al descubierto, y es explícita e inequívoca. Aunque Sauckel murió en el patíbulo, los delitos más odiosos de que le inculparon fueron compartidos por hombres que le sobrevivieron y que prosperaron luego en la Alemania Occidental de la posguerra. En sus discursos e informes se revela que rogaba a sus superiores, sus subordinados, y sobre todo a los Schlotbarone, que considerasen lo que estaban haciendo. Antiguo marino mercante, carecía de la astucia de Schacht o de Alfried Krupp. El 9 de marzo de 1943, Goebbels escribió con pesimismo en su Diario: «Sauckel es un torpe entre los más torpes.» Y sin embargo, el amo de los esclavos vio perfectamente la raíz del problema. Sauckel pedía a los industriales a quienes entraba su mercancía, que les suministraran medicinas, alimentos y alojamiento apropiado, arguyendo que «los esclavos que están mal alimentados, enfermos, resentidos, desesperados y llenos de odio, nunca trabajan ese máximo que pueden rendir en circunstancias normales» (20).

Sin dejarse persuadir, Krupp continuó con el programa esclavista más odioso del Reich. Los trabajadores extranjeros de sus 81 fábricas se hallaban generalmente mal alimentados y enfermos. En consecuencia, estaban resentidos, desesperados y llenos de odio. Comprensiblemente, con su actitud jamás desarrollaban un máximo de producción. Pero es que Alfried no esperaba que lo consiguieran. «Lógicamente —manifestó en una declaración firmada el 3 de julio de 1947—, no pensamos obtener de ellos el rendimiento de trabajo de un obrero normal alemán.» Naturalmente; ¿cómo podían competir los subhombres con los seres humanos?

Ya en fecha tan temprana como era el 20 de marzo de 1942, en que los alemanes rebosaban con la mayor cantidad de excedentes alimenticios en la historia del país, debido a la confiscación de cosechas en los territorios ocupados, un revelador memorándum interno descubría que durante una conferencia en Raumerstrasse «el señor Hassel, del Werkschutz, que se hallaba presente entonces, pidió la palabra y dijo... que estaban tratando con bolcheviques, y debían recibir palos, en vez de alimentos». El autor de frase tan significativa era uno de los lugartenientes más destacados de Alfried, y representaba la actitud de Altendorferstrasse. Y en 1942, un equipo de oficiales de la Wehrmacht, al inspeccionar los campamentos de los prisioneros de guerra, informó: «Los casos de edema existen sólo en los campamentos de Krupp.» Alfried admitió más tarde que sabía que en aquella época los esclavos padecían hambre: «El hecho

de que se produjeran quejas frecuentes relativas a la insuficiente comida de los trabajadores extranjeros... lo recuerdo bastante bien.» (21).

Echó la culpa a «dificultades técnicas» y a «reglamentos oficiales, que determinaban las raciones con detalle». Así era, en efecto. El 9 de febrero de 1942 se establecía que los rusos y polacos que habían sido reclutados para el trabajo forzado debían recibir un mínimo de 2.156 calorías diarias. La cifra para los que realizaban tareas pesadas era de 2.615 calorías, y con trabajo muy duro, 2.909 calorías. ¿Qué ocurría en Krupp, durante esa época? El 14 de marzo el supervisor de un taller de herramientas se quejó así: «La comida de los trabajadores rusos es aquí tan mala que se vuelven cada día más débiles. Investigaciones realizadas demostraron, por ejemplo, que algunos rusos no están lo suficientemente fuertes como para cargar con las piezas, debido a la falta de resistencia. La situación es exactamente la misma en los demás sitios donde los rusos están empleados. Si no se tiene cuidado de mejorar la alimentación lo suficiente, entonces su empleo y los gastos efectuados con ellos, se habrán realizado en vano.» (22).

Pero por todas partes, en el Konzern, las condiciones eran las mismas. Cuatro días más tarde un capataz de Krupp escribió a otro capataz, hablándole de una visita diaria efectuada por los cocineros del Oberlagerführung: «Lo que esta gente llama ración diaria es algo que no comprendo. Tampoco entiendo su comida, porque suministran la más aguada de las sopas... Es literalmente agua con un puñado de nabos, y parece el sobrante de fregar los platos... La gente tiene que trabajar para nosotros; de acuerdo; pero debe tenerse algún cuidado para cubrir sus necesidades más elementales. He visto algunas cifras del campamento, y me han hecho sentir escalofríos en el espinazo... Observé a un enfermo, y parecía como si le hubiera cortado un barbero... Si esto continúa, nos vamos a contaminar todos. Lástima que ocurran estas cosas cuando el lema es precisamente "aumentar la producción". Hay que hacer algo, para que la gente pueda seguir produciendo.» (23).

Pero no se hizo nada. Ocho días más tarde el administrador de un taller de construcción de calderas informó acerca del rendimiento de sus rusos, soldados y civiles. Seis semanas habían transcurrido desde su llegada, y del comienzo del régimen alimenticio, y según advertía, ya «estaban generalmente en débil condición física... De diez a doce de los treinta y dos rusos están ausentes diariamente debido a enfermedad... La razón por la que los rusos no producen, es, a mi entender, que el alimento que les dan no puede proporcionarles la fortaleza necesaria para el trabajo. La comida que se les facilita una vez al día, es una sopa aguada de hojas de col con unos pocos trozos de nabo». Esta era la famosa «sopa de bunker» *(Bunkersuppe)* de Krupp, que contendría aproximadamente 350 calorías. A veces se complementaba con una segunda «comida», un delgado trozo de pan untado con mermelada. La mayor parte de los supervivientes recuerdan claramente cuando al anochecer regresaban de los talleres a sus encierros, y debían ponerse en fila, sufriendo los calambres del hambre, y sosteniendo los cazos de hojalata para recibir aquel vil mejunje. *Die Firma* era una de las pocas empresas cuyo contrato con las SS le permitía cuidarse de la alimentación de los esclavos sin intervención ajena, ahorrando así de los cuatro marcos por día que debían pagarse a Himmler. Otra empresa era I. G. Farben, pero ésta daba a sus esclavos una ración alimenticia completa, con comida suplementaria cuando los obreros realizaban trabajos excesivamente pesados. No era éste el caso de Krupp. En Nuremberg el testimonio de los Kruppianer reveló la situación desesperada a que se veían reducidos los prisioneros:

«La comida caliente consistía en una sopa; la fría en una rebanada de pan con mermelada o margarina. La llamada "sopa de bunker" que servían en Krupp no la tocaban muchos trabajadores alemanes [*Die sogenannte Bunkersuppe, die bei Krupp serviert wurde, wurde von manchen deutschen Arbeitern nicht angerührt*]. Después de los bombardeos de octubre de 1944, sin embargo, ni siquiera de esto se dispuso. El turno de noche no recibía comida suplementaria (*)... A Krupp le daban 0,70 RM por día y por prisionero para alimentarlos [*Krupp erhielt für die Ernährung der Gefangenen 0.70 RM pro Tag und Person*]» (24).

En otras ocasiones, y durante las comidas, Krupp trataba de mantener el antiguo principio: los reclutados del Oeste eran *Untermenschen;* pero los prisioneros del Este eran *Unteruntermenschen.* A decir verdad, conforme fue espesándose la neblina de la guerra, las distinciones desaparecieron. Cuando un abogado de Krupp interrogaba posteriormente a un ex prisionero, éste le contestó: «Bueno, lo único que recuerdo es que sólo nos daban una tajada por día.» (La tajada, añadió, pesaría unos cincuenta gramos.) Con semejante «dieta», los prisioneros perdían fuerzas rápidamente. Algunas de las historias más tristes que el autor de este libro escuchó de los supervivientes de la guerra, procedían de los que regresaron de Essen a sus hogares en Francia y los Países Bajos, y fueron rechazados, cerrándoles literalmente la puerta en la cara, porque sus mujeres o madres no les reconocían. Y de los cautivos, los del Este eran los que recibían menos de todo, excepto brutalidad. «Fueron los que peor lo pasaron, de los prisioneros militares», manifestó el tribunal de Nuremberg, y esta frase está apoyada por más de doscientos cincuenta kilos de documentos y declaraciones escritas. La decisión de abusar de esos presos orientales procedía del más alto nivel de la empresa. En un memorándum, el administrador de la fábrica de locomotoras de Krupp manifestaba que Lehmann, el cual había recibido órdenes directas de Alfried, le dijo que cada ruso recibiría «300 gramos de pan entre las cuatro y las cinco de la mañana». El administrador agregó: «Yo hice notar que era imposible disponer de esa ración de pan hasta las seis de la tarde, por lo que el doctor Lehmann me dijo que los prisioneros de guerra rusos no debían acostumbrarse a los usos de alimentación de Europa Occidental.» (25).

Entre los que defenderían a Alfried en el Palacio de Justicia de Nuremberg, se hallaba Max Ihn, que fue nombrado director en marzo de 1941. En una declaración escrita, dos años más tarde del hundimiento nazi, Ihn admitía: «Las raciones alimenticias de los obreros rusos eran tan bajas que... resultaba casi imposible que esa gente pudiera trabajar.» Pero culpaba al Gobierno, e insistía en que las raciones «al fin iban aumentando gradualmente». Mas lo cierto era precisamente lo contrario. Las raciones de los presos se hicieron tan insignificantes que los cocineros a veces se olvidaban de su comida. Así, por ejemplo, en su primer aniversario como miembro de la junta de Krupp, Ihn recibió esta nota manuscrita del taller de carros de asalto: «Herr Balz me informa que la comida para nueve rusos civiles del turno de noche, entre el 19 y el 20 de marzo, fue olvidada. El capataz Grollius, por consiguiente, se negó a llevar al trabajo a esa gente. Sólo irían si se les daba comida.»

Evidentemente, Grollius no era un insolente, sino un insubordinado. A pesar de todo, no era el único que pensaba de ese modo. Más tarde, en

(*) Sauckel había especificado que a los trabajadores nocturnos debía dárseles 2.244 calorías diarias.

1942, un grupo de Kruppianer protestó contra la alimentación que se daba a los rusos. En un Estado policíaco como era Alemania, semejantes manifestaciones exigían un gran coraje. Esa pequeña minoría persistió en sus requerimientos, y merecen que se les recuerde. Durante el último invierno de la guerra, cuando otros habían olvidado lo que era la piedad, un trabajador advirtió la preocupación de sus compañeros Kruppianer por las muchachas judías: «Los obreros alemanes manifiestan lo inadecuadamente que se alimentaba a las chicas, y por lástima, no pocas veces les entregaban a escondidas algo de comer» *(stecken ihnen manohmal aus Mitleid etwas Essbares zu.)* (26).

Por desgracia, estos casos eran los menos. Había demasiado sufrimiento en general, como para hacer caridad con unos pocos. Ya en el invierno de 1942-43, cuando Alfried había establecido su control *de facto* en la firma, la ojeada más superficial a los informes del Hauptverwaltungsgebäude habría revelado que sólo una operación completa de rescate hubiese evitado una catástrofe. He aquí tres de esos informes, extraídos de sus carpetas:

20 de octubre de 1942, de un joven directivo que acababa de visitar Raumerstrasse, a Lehmann: «Los guardias que han estado de vigilancia durante algún tiempo, declararon que en varias ocasiones advirtieron la llegada de nuevos contingentes de prisioneros, los cuales, al presentarse, se hallaban en el mejor estado de salud, y aparecían fuertes y robustos, pero al cabo de pocas semanas se encontraban en extraordinarias condiciones de debilidad. Los inspectores médicos de la Wehrmacht también han hecho destacar esta anomalía en los campamentos, y declararon que jamás habían visto un estado general tan malo, en el caso de los rusos, como en los campos de Krupp.» (27).

19 de noviembre de 1942, del Taller de Instrumentos N.° 11 al Oberlagerfürung: «...Una y otra vez hemos comprobado que la comida para los prisioneros de guerra rusos, que en nuestra planta se emplean exclusivamente para el trabajo pesado, es totalmente inadecuada. Ya hemos expresado esto en nuestra carta a herr Ihn, fechada el 30 de octubre de 1942. Una y otra vez advertimos que la gente que vive con esa dieta siempre interrumpe su trabajo al cabo de poco tiempo, y a veces deja de existir... Debido a su duro trabajo —planchas de blindaje para aviones, un trabajo muy pesado— debemos insistir en que la comida sea la suficiente como para retener a esos trabajadores con nosotros.» (28).

Siete de mayo de 1943, del doctor Gerhard Wiele, médico personal de Alfried y jefe de los hospitales de Krupp: «Asunto: Muertes de trabajadores del Este. Cincuenta y cuatro obreros del Este murieron en el Lazrettstrasse, cuatro de ellos debido a causas externas (*äussere Einwirkung*) y cincuenta y cuatro por enfermedad. El motivo de estos cincuenta que murieron de enfermedad fue: tuberculosis, treinta y ocho (comprendidas dos mujeres); desnutrición, dos; hemorragia de estómago, uno; enfermedades intestinales, dos; tifus, uno (mujer); pulmonía, tres; apendicitis, uno (mujer); dolencia hepática, uno; abscesos, uno. El resumen anterior demuestra que las cuatro quintas partes murieron de tuberculosis y desnutrición, es decir, el ochenta por ciento» (29).

El médico emparejaba tuberculosis y desnutrición porque en 1943 ambas dolencias eran como una sola. Todo médico sabía que la tuberculosis pulmonar había aumentado enormemente en Europa desde el estallido de la guerra —no remitiría hasta 1947—, y que si bien cualquiera puede inhalar bacilos de tuberculosis, la enfermedad raramente aparece, a menos que la resistencia de la persona se haya debilitado, generalmente debido a una alimentación escasa. En una comunidad normal, las primeras órdenes del médico, tras confirmar el diagnóstico, habrían sido de

mejorar la alimentación y hacer reposo. En Essen, los términos se invertían, por lo que los médicos, como los capataces y los guardias del Werkschutz, sólo podían anotar las bajas y presentar sus fúnebres listas, mientras muchos otros prisioneros yacían en desnudos barracones presentando los avanzados síntomas de tuberculosis pulmonar descritos tan minuciosamente en los informes del doctor Wiele: tos (*Husten*), dificultades para respirar (*Kurzatmigkeit*), y expectoración de sangre (*Blutspeien*).

En el Palacio de Justicia de Nuremberg, el doctor Theodor Rohlfs, que había ejercido como médico del Stalag VI-I, un campamento de ochenta mil prisioneros, cerca de Düsseldorf, suministró un asombroso ejemplo de cómo la lógica teutona podía transformar lo negro en blanco (30). El doctor Rohlfs compareció como testigo de la defensa. A diferencia del doctor Jäger, manifestó que los campamentos de Krupp no le habían parecido tan malos, afirmando que los *Fremdarbeiter* llegaron allí «realmente en deplorables condiciones físicas», que, según aseguró con firmeza, habían sido «ciertamente causadas por la dureza del transporte y tal vez por su permanencia en los campamentos de concentración». Entonces dio una rápida relación de cifras que resultaban de interés. La proporción de enfermos entre los trabajadores italianos había sido del cuatro por ciento; entre los alemanes, del tres al cuatro por ciento; entre los franceses, del dos y medio. En apariencia, los franceses habían gozado de mejor salud que los Kruppianer. Admitió que las cifras de los soviéticos fueron «extremadamente elevadas». De todos modos, aseguró el doctor Rohlfs, esa estadística se alteró considerablemente gracias a los cuidados de Krupp. Los abogados de éste tomaron asiento, y Max Mandellaub, un abogado norteamericano que también hablaba alemán, procedió a interrogar al testigo. La pugna fue breve, y el golpe de gracia, irrebatible. Mandellaub preguntó si Rohlfs «puede aquí declarar, bajo juramento, que la situación de los prisioneros de guerra en Essen, y especialmente la de los prisioneros rusos, era satisfactoria».

R: Sí, era satisfactoria dentro de lo posible, dadas las condiciones imperantes.
P: Usted dijo... que los rusos tenían una proporción de enfermos del 35 por ciento. Si recuerdo correctamente, era el 35 por ciento.
R: Sí.
P: Y luego ese porcentaje se redujo al 6 por ciento. ¿No es verdad?
R: Sí. Recuerdo esa cifra perfectamente.
P: ¿En qué fecha era?

En ese momento, la confianza en sí mismo de Rohllfs pareció vacilar, y repuso: «Me temo que no pueda contestar a eso. Logramos reducir la proporción de enfermos, en el caso de los rusos, a un grado tal que la cifra fluctuó alrededor del 6 por ciento». El americano inquirió:

P: ¿Cuántas defunciones tuvieron ustedes?
R: Siento no poder dar cifras a ese respecto... Debido a la extremada debilidad y al agotamiento, muchos de ellos murieron...
P: Por consiguiente, ¿es correcto deducir que una parte de la reducción de las enfermedades, en el caso de los prisioneros de guerra rusos, se debió a las defunciones?
R: Sí, desde luego...

Desde luego. Como habían fallecido de muerte natural, el médico no vio nada de extraño en esa reducción desde el 35 por ciento al 6 por ciento, negándose a distinguir entre los que habían curado y los que

habían muerto. De ese modo, el número de víctimas reales en los campamentos de *Die Firma* es desconocido, incluso cuando los pacientes se hallaban en las salas del doctor Jäger, en que se anotaba la razón de su baja. Es probable que las bombas destruyeran algunos archivos, pero no hay duda de que Krupp destruyó bastantes más. Los supervivientes raramente recuerdan las últimas horas de los que morían de hambre. A veces las víctimas entraban silenciosamente en coma, y se los llevaban mientras los otros esclavos se hallaban en los talleres. Los guardias del Werkschutz o de las SS trasladaban los cadáveres, y en la mayoría de los campamentos los registros fueron destruidos o quemados antes de la llegada de las tropas aliadas.

Y no obstante, de vez en cuando algún prisionero excepcional, pensando en la suerte que le esperaba, demostraba un coraje poco corriente. Estos casos eran recordados, y a veces se los registraba. En uno de esos singulares episodios que iluminan el panorama de una tragedia mucho mayor, una delgada carpeta, ahora amarillenta y arrugada, pero con los sellos y las firmas de los funcionarios aún legibles, se describía lo siguiente: «Asunto: Muerte del prisionero de guerra soviético 326/39.004, Schosow, Sergei, causada por disparo» (31).

En la mañana del 29 de abril de 1944 —era un sábado cálido y húmedo—, Schosow fue destinado a un grupo de trabajo (*Arbeitsabteilung*) que debía despejar los escombros de una panadería de Krupp que había sido bombardeada. Hacia el mediodía un guardia del Werkschutz, llamado Wilhelm Jacke le vio coger una ennegrecida pieza de pan. Inmediatamente, según estableció un tribunal militar de Wuppertal, «el prisionero de guerra fue muerto de un disparo en el pecho». En la recomendación de un *Heeresjustizinspektor* (juez abogado oficial con rango equivalente a teniente primero), un *Kriegsgerichtsrat* (juez abogado con grado de comandante) decidió que «de acuerdo con las investigaciones efectuadas, Wilhelm Jacke actuó según los reglamentos, y no hay motivo alguno para tomar medidas contra él».

Tratándose del Ruhr, el veredicto fue sometido a la consideración de Essen, para su aprobación. Bülow quiso «elogiar a Jacke en público». El 14 de junio un subordinado pidió a Bülow que enviara al guardia una nota de felicitación, basándose en que tal gesto «pondría fin al asunto». Así ocurrió. Una relación aprobatoria fue inscrita en la ficha personal del asesino, y el cadáver desapareció. No sabemos casi nada de Sergei Schosow —ni su edad, su grado, su aspecto, o si tenía familiares—, y nunca sabremos nada más de él. La cifra 326/39.004 de Krupp significa tan poco para nosotros como su nombre. Pero indudablemente era un ser humano. Estaba hambriento, sabía que se jugaba la vida al coger aquel trozo de pan y, sin embargo, lo hizo. Y al representárnoslo agachado entre las derruidas vigas y los ladrillos del horno de la panadería, extendiendo la mano tensa hacia el pedazo de alimento semicalcinado, hasta que una bala de un fusil Mannlicher puso fin a su vida, obtenemos una visión casi completa de la angustia terrible que significaba ser *sklavenarbeiter*.

El ejecutor del esclavo también es anónimo. La celebridad local de Wilhelm Jacke duró un año y un día. Cuando Hitler se suicidó en su bunker, Jacke sufrió un repentino cambio de situación, y a semejanza de muchos otros cuyos nombres llenaban los documentos del Palacio de Justicia, desapareció. De todos modos, también él es algo más que una cifra. Jacke no era un bruto insensible. Había asimilado bien la esencia de la compleja política *kruppsche*. Lo mismo les ocurría a los guardias

de la estación de ferrocarril. Al gritar «Si no hay trabajo no hay comida» a los obreros extranjeros recién llegados, no hacían más que establecer los términos del contrato de los trabajadores. Según escribió un atento observador, «en muchos casos se negaba la comida a los prisioneros, como castigo» (32).

Como la capacidad del *Stücke* se reflejaba en las cifras de producción, la firma trató de hallar una solución. El 27 de octubre de 1942, Bülow convocó una reunión de todos los jefes de campamento. El primer asunto a tratar era la deserción del trabajo, y decía en parte: «Todos los jefes de campo se quejan de que tienen grandes dificultades para llevar a los obreros, hombres y mujeres, a su trabajo por las mañanas. En la oscuridad (la lista para el primer turno se pasa a las 4,30 de la mañana), algunos de los trabajadores se escurren, escondiéndose en letrinas, debajo de los catres, o se echan en las literas de otros barracones, etc. Los jefes de los campamentos opinan unánimemente que la única forma posible de acabar con esto, es tratar duramente a los remolones, y llevarlos por la fuerza al trabajo» (33).

Los *Kommandants* de uniforme azul y negro se aplicaron a ello concienzudamente. En el futuro, anunciaron, los esclavos que no cumpliesen serían considerados «seriamente desleales» (*grob pflichtwidrig*). Antes de que amaneciese se decía a los internados que la cárcel esperaba a los «remolones extranjeros», o a los culpables de «interrumpir su contrato de trabajo, de ausentismo, etc.». La amenaza era real. Una nota de archivo manuscrita dice: «El trabajador civil italiano Antonio Molinari, en la fábrica N.° 680-187 (talleres de Borbeck), nacido el 2 de abril de 1918 en Venecia, fue detenido al negarse a trabajar. Se solicita para él el campo de concentración». Debajo de una firma ilegible, se halla la nota que confirma la solicitud: «Por comportamiento antisocial: campo de concentración».

No se hacía concesión alguna en las tareas más pesadas. Según las palabras del Kruppianer Adolf Treckel, conforme aumentaban los bombardeos, «la mayor parte de los trabajadores tenían que apartar ladrillos y chapas acanaladas de cinc (*Ziegelsteine und Wellblech*). Este duro trabajo debía hacerse también en invierno, con ropas inadecuadas, sin guantes ni vestimenta protectora de ninguna clase (*ohne Handschuhe oder Schutzkleidung*) (34).

Como las patadas, golpes y reclusión en las celdas de Essen demostraron ser ineficaces, los Lagerführer de Bülow recomendaron «inmediatas medidas de castigo corporal... especialmente en los casos en que aumentan los robos en las cocinas, y la indisciplina en relación con los guardias... Además, los Werkschutz quedarán en el futuro en libertad de castigar a los remolones e insubordinados, privándoles de sus comidas». Esto daba a los guardias el poder de vida y muerte sobre sus prisioneros, y la situación continuaría así durante los dos años y medio que pasaron antes de la rendición de Alemania.

Un obrero germano dijo más tarde que «todo aquel que no trabajaba lo bastante rápido (*Wer nicht im nötigen Tempo arbeitete*) se veía obligado a hacerlo a patadas y golpes. También se castigaba con la privación de comidas, o el corte del pelo del culpable en forma de cruz». Desde entonces la privación de las comidas se convirtió en algo común. A decir verdad, la alimentación en los mejores campamentos seguía siendo pésima —un superviviente occidental describió la «porquería de huerta, espinacas podridas que iba directamente del vagón a las ollas de la cocina—, con lo cual «las enfermedades y la disentería aumentaban». Pero había que comerlo, de todos modos. Era indispensable mantenerse de alguna forma.

En consecuencia, no resulta extraño que se produjeran «robos en las cocinas» (35).

Las exigencias excesivas en el trabajo, sobre los obreros, eran otra forma frecuente de opresión, y fue esto lo que inspiró un gesto desesperado a Robert Ledux, un ex empleado francés de treinta y dos años, a semejanza de lo que había hecho Sergei Schosow. Ledux trabajaba en el taller N.° 494261, una factoría de construcción de tanques de la mayor importancia. Poco antes del mediodía del 13 de febrero de 1944, él y otros dos obreros recibieron la orden de mover a mano una máquina que pesaba 150 kilos. El francés se negó a hacerlo. Según manifestó, ese trabajo debía ser realizado por la grúa del taller, y volviendo al revés el lema de la firma, gritó: «¡No hay comida, no hay trabajo!». Ante la indignación del capataz alemán, el francés subióse a un cajón de madera, y desde allí exhortó a los demás franceses a que abandonasen el trabajo. El capataz dio un empujón a Ledux, y éste le replicó con un puñetazo en la nariz. Los guardias del Werkschutz se llevaron al rebelde. Cuatro días más tarde Bülow notificó a la Gestapo, pero antes de que ésta pudiera actuar, que el prisionero consiguió huir de Essen y hasta del Reich. Jamás se volvió a saber de él en Alemania (36).

Después de Stalingrado, la moral alemana se hundió perceptiblemente. Por vez primera los nuevos trabajadores de leva llegaban aferrados con esposas unos a otros, y si bien los Kruppianer mostraban generalmente compasión hacia ellos, la conducta de la compañía se endureció. Todo capataz con reputación de «tipo duro» (*ein scharfer Hund*) era alentado desde arriba. El más cruel de todos, y uno de los ausentes más conspicuos del banquillo de Nuremberg, fue Hassel, el delegado jefe del Werschutz, que llevaba su uniforme de las SS y también recibía paga de Krupp. Era considerado por todos como un sádico, y se le concedió un aumento de sueldo en 1943 gracias a la recomendación de Bülow, según la cual «en estos últimos meses, herr Hassel se muestra especialmente competente». Una de sus muestras de «eficacia», después de la batalla de Stalingrado, fue organizar la «Ampliación del Werkschutz II». Ocho obreros alemanes de cada turno fueron nombrados para estos nuevos puestos, y se les suministraron cachiporras y fustas. El propósito teórico era suprimir las algaradas. En la práctica, se alentaba a usar sus armas con toda libertad (37).

Bajo el mando de Hassel progresaba más quien hacía mayor ostentación de brutalidad. Los guardias del campamento que asesinaban a prisioneros, eran disculpados basándose en que actuaban en defensa propia, o «cumpliendo su deber». El deber, tal como lo interpretaban los subordinados de Hassel, se ejemplificaba en la hoja de servicios de un guardia que vigilaba a los trabajadores extranjeros de los talleres Krawa, de Essen, y que después de la guerra fue sentenciado a ocho años de cárcel por un tribunal alemán.

Durante un período de cuatro años, según pudo demostrarse, el guardia fue culpable de «golpear a trabajadores del Este, hombres y mujeres, con un palo, con un tubo de goma y con los puños. Despertaba a los obreros con una manguera de agua fría, arrojó a un civil francés por una escalera y apaleó implacablemente a un prisionero de guerra ruso, hasta matarle, con un trozo de madera provisto de bordes». Este no estuvo ausente de Nuremberg, y allí declaró que había actuado según las instrucciones de sus superiores, quienes le dijeron que si los esclavos haraganeaban o retrasaban el trabajo, él debía «intervenir enérgicamente», y hasta le demostraron cómo tenía que hacerlo. Fue condenado, pero es dudoso que sus palabras fueran ciertas. De todos modos, su hoja de servicios fue hallada en los archivos de la Firma. De haber desaprobado

Krupp su conducta, dispuso de cuatro años para disuadirle o corregirle, y nada de esto sucedió (38).

Bülow fue testigo de esos castigos corporales, examinó a las víctimas después de ser golpeadas, y permitió que continuase el tratamiento brutal mientras hubiera la posibilidad de que con ello se lograse aumentar la producción. Pero cuando el salvajismo fracasaba, el sino del trabajador improductivo se inscribía en su ficha: «Campo de concentración de Buchenwald», o, sencillamente, «KZ». Más adelante, otros directivos y supervisores de la empresa dirían que ignoraban el significado de tal disposición, manifestando que nunca habían estado en Buchenwald, y no tenían idea de lo que allí se estaba haciendo.

El virrey de Alfried en los campamentos no se contaba entre los que hicieron semejantes aseveraciones. Bülow había firmado demasiados documentos para poder hablar de esa forma. El 7 de octubre de 1943, redactó un escrito en el que se consideraba lo que procedía hacer con los prisioneros de guerra cuya insubordinación era tan manifiesta que ni siquiera el encierro o el régimen a pan y agua resultaba suficiente castigo. Los recalcitrantes, ordenó Bülow, deberán ser «entregados a la Gestapo». Y continuaba diciendo: «En tal caso, la Gestapo siempre establece condena de muerte, para cuya ejecución pueden usarse destacamentos de otros prisioneros de guerra rusos». Y por último añadía: «Ruego que el contenido de esta nota sea considerado como confidencial, especialmente en lo que concierne a la pena de muerte» (39).

De este modo, el círculo vicioso se volvía cada vez más intrincado. El ganado humano, arrastrado por las calles de Essen y castigado con fustas de acero, no era apto para el trabajo que se requería de ellos. Y al no poder hacer lo que se les pedía, esas gentes eran castigadas y no se les alimentaba. Una vez que se derrumbaban, eran destinados al exterminio. En una mirada retrospectiva, resulta triste advertir que los cien mil trabajadores involuntarios de Krupp apenas le valían su *Bunkersuppe*. Su estado de debilidad era extremado, e igualmente intensa era su desesperanza. Pero el Reich no estaba dispuesto a ablandar su política en los campamentos. Uno de los gestos más tremendos de desesperación que se dio por aquella época, pasó casi inadvertido, en cuanto a lo que significaba: un ruso, incapaz de soportar un día más su suerte, colocó ambas manos sobre las vías del ferrocarril, y una locomotora se las amputó. Le condenaron por «sabotaje en el trabajo» (40).